

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 80 - Octubre de 2016 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



6

La cosa

10

Un día libre

12

Los amigos no existen

18

Juan Malo

20

El enigma de Ludins Arango

22

¿Puerto o Valdivia?

26

¿Bad periodismo?



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 80 - Octubre 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M



Fotografías Giovanni Montoya
elpregonerodeldarien.blogspot.com.co

Teatro real

La ceremonia sigue el ritmo acordado. El perdón institucional es entre jurídico y televisivo. Iván Márquez y Pastor Alape dan la cara. Entregan las palabras posibles, siempre insuficientes, Márquez pronuncia su discurso exculpatorio: "Los muertos de La Chinita son también nuestros muertos porque así lo sabemos, lo sentimos de corazón". Atrás se multiplican los abrazos y el blanco, los aplausos, una celebración sobre un funeral. Han pasado 26 años. El barrio La Chinita ya no recuerda muy bien cómo son los procesos de paz. Fueron su mito fundacional y funerario. Cuando termina el perdón simbólico, publicitario, comienza una escena distinta. Las cámaras se ensañan contra la tarima.

El 22 de enero de 1994 se trataba de otra ceremonia. Un baile comunal para recoger plata, arrimar gente y vaciar unas botellas. Una verbena organizada por una mujer llamada Rufina. Aníbal Palacio llegó temprano a la fiesta comunal, como candidato del partido que había conservado las iniciales: Esperanza, Paz y Libertad. Se fue temprano como todo candidato. Uno de los sobrevivientes de esa masacre de 35 personas. "No maten a las mujeres", gritaban los asesinos con ideología de género. Las Farce.

Iván Márquez camina hacia un grupo de espectadores. Un fotógrafo ciudadano persigue a un fotógrafo lugareño. La intuición señala un encuentro inesperado. Dos hombres ajenos a la mirada de la audiencia se dan la mano. Dos hombres muy parecidos físicamente. Dos hombres que tomaron las armas por una misma idea. Dos enemigos a muerte. Un saludo breve y real. Constancia de que el perdón y algo de desprecio son posibles. Se trata de evitar la muerte. Perdonar los enemigos, combatir los rivales. Una pequeña serie contra el fanatismo, contra el odio, contra la guerra a muerte. ©

Letra de pintor



Agonía, Edvard Munch, 1915.

por PASCUAL GAVIRIA

Mi pulso es o bien impetuoso e incluso producto de violentos ataques de nervios o lento con una melancolía reflexiva
Edvard Munch

Al comienzo su letra era ordenada y legible, escribía con el pulso esmerado del dibujante y la furia del anarquista. Cartas, esbozos, relatos, recuerdos, poemas: *El friso de la vida*. Más tarde comenzó a rayar con descuido, trazando ondas lejanas de la ortografía y la puntuación que inundan y se contraen, recetas médicas para tratar una vida atormentada, amenazada por la muerte y las dudas, por la angustia y la locura.

El mismo Edvard Munch entendió al final que esas trece mil páginas manuscritas, guardadas y donadas al ayuntamiento de su natal Oslo, eran parte de un tratamiento propio contra la demencia, contra sus enemigos y contra el tedio: "Cuando releo mis apuntes encuentro muchas cosas ingenuas – y también hay quejas sobre mi propio y triste destino que no resultan varoniles – Supongo que también están escritas para consolarme [...] Pero para que sea arte hay que podarlo y eliminar los lamentos meramente casuales". Munch sabía que sus textos eran pinceladas, trazos rápidos de carbón sobre una tela, pero podían tener valor artístico y dar alguna respuesta a sus preguntas recurrentes: ¿Por qué me habrán traído al mundo sin preguntarme cuando una balita puede decidir mi destino? – Y mientras el café se hacía yo disparaba contra la viga de roble en la cocina – La bala se perdía en la madera dura como un hierro". Munch sabía que los papeles encierran tesoros, que las páginas guardadas multiplican su valor y que las manchas del tiempo pueden ser destellos para el ojo de quien los guarda: "Luego encuentro un papelito sucio – embadurnado de tinta en el que solo ponía – Querido Ven mañana a las ocho Me incliné sobre el escritorio escudriñé cada letra – estudié cada mancha para descubrir marcas de sus dedos – Hacía mucho que no pensaba en ella".

Leer a un pintor entrega sorpresas y decepciones. Munch vuelve sobre las escenas, las ideas y los orígenes de algunas de sus obras. Nos entrega algo de sus pensamientos y nos devela algo del misterio de sus cuadros. Pero sus papeles son también una biografía a saltos, un cuaderno de filosofía abierto al azar, un diario sin fechas, la confesión de un enamorado encontrada en un cajón. La infancia del pintor explica un poco su mirada turbia sobre el mundo, sus figuras que se deforman, su conciencia de que todo está desmoronándose.

A los veinte años expuso por primera vez en un salón de otoño en Cristianía, nombre de la Oslo de sus días. Su cuadro *Niña enferma* fue recibido con entusiasmo por el público y la prensa: "Parece un guiso de pescado en salsa de langosta", dijo el más hambriento de los críticos. Era la visión de la muerte de su hermana Sophie, la primera de la seguidilla de cinco familiares que cayeron víctimas de tuberculosis. Durante años repitió esa pintura que en sus papeles es un poema breve: "Nos despertaron en medio de la noche – Lo entendimos de inmediato Nos vestimos con el sueño en los ojos", y una dura nota biográfica que justifica sus múltiples escenas de duelos familiares y sus manías de pintor de enfermos: "Recibí en herencia dos de los peores enemigos de la humanidad – Las herencias de la tuberculosis y la enfermedad mental – La enfermedad la locura y la muerte fueron los ángeles negros junto a mi cuna Una madre que murió temprano – me dejó la semilla de la tuberculosis – un padre hipernervioso – pietista – religioso hasta rozar la locura – de una antigua estirpe – me dejó las semillas de la locura".

La policía protagonizó alguna de sus primeras exposiciones, donde los espectadores escupían los cuadros y llamaban al boicot local. Munch solo intentaba presentar sus peores días, los momentos que habían marcado sus desgracias.

Mirar con el velo de la tragedia y reproducir según las deformaciones del desaliento. Al comienzo Noruega no fue una tierra grata para sus muñecas, y terminó como padre de los expresionistas alemanes. Allí entendían mejor sus agobios: "Cuando vi a la niña enferma con su pelo rojo – contra el rostro pálido – la cabeza contra la almohada blanca me produjo una impresión que luego desapareció durante el trabajo – repinté el cuadro un sinnúmero de veces en el transcurso de un año – Mas tarde comencé a acudir directamente a la primera impresión y a menudo pintaba solo de memoria [...] Pinté algunos de los cuadros de *El friso de la vida* únicamente a partir de la imagen – que me había llegado al ojo en algún momento de agitación – pintaba lo que aún guardaba en mi retina – sí que solo pintaba lo que recordaba – sin añadir nada – De ahí la simplicidad y a menudo el aparente vacío de varios cuadros Pintaba impresiones de la infancia – Los colores empalidecidos de aquella época Pintaba los colores y las líneas que había visto en un estado de agitación – de esa manera lograba que ese estado de agitación volviera a salir vibrando a la luz".

Pero Munch tiene otros motivos y otros ángeles. El beso es otra de sus imágenes recurrentes, y sus madonas hacen olvidar el expresionismo. Sus mujeres vampiro recuerdan que fue un amante atormentado, el mismo que recibió un balazo de una novia inconforme, solterón huracán durante más de la mitad de su vida. Según sus papeles, ese descubrimiento, un beso, lo llevó a la pintura: "Dos labios ardientes contra los míos – el cielo y la tierra se desvanecieron y dos ojos negros miraron dentro de los míos". El relato de un joven que camina por la playa y encuentra una mujer un poco mayor, con una risa extraña que lo hace encogerse como "un perro avergonzado" y lo empuja a un mundo desconocido que

termina en el temor y la misoginia. Como siempre en sus relatos largos, el pintor salta de la primera a la tercera persona, del lienzo al frente del caballete: "Aquí fue donde besé por primera vez – el nuevo mundo que me abrió de par en par sus puertas – Allí se levantó para él un palacio construido con el brillo de la luna, el sol de verano – risas y llanto – locura y confusión – Embriaguez y miedo – y repugnante placer La primera amante – Al llegar el invierno el palacio se había derrumbado La radiante mujer no era solo para él – Muchos otros tenían el mismo palacio – Y entonces sintió que todos aquellos finos hilos como una tela de araña – empezaban a dar tirones en su corazón [...] Aquel maravilloso mundo desapareció – Él se hundió en las profundidades – yacía entre los cangrejos y las criaturas del mar – El mar se convirtió en la vivienda de la muerte – Y desde aquí pintó el gran friso".

Munch fue un niño que dejaba sangre en el pañuelo en cada gripa, un joven anarquista en una ciudad puritana, un hombre que desde una orilla aterró a los espectadores y alentó a los artistas. Alumno aventajado de un anarquista menor como Hans Jaeger, fue coleccionista de sus obsesiones, temeroso cuando estaba sobrio y agresivo cuando una botella lo acompañaba. Y dio un grito que hoy fascina a curadores y ladrones de arte, un grito que en palabras parece tan sencillo como el desmayo de un pintor nervioso después de una noche con muchos tragos: "Paseaba por el camino con dos amigos – cuando se puso el sol De pronto el cielo se tornó rojo sangre Me paré, me apoyé sobre la valla extenuado hasta la muerte – sobre el fiordo y la ciudad negros azulados la sangre se extendía en lenguas de fuego Mis amigos siguieron y yo me quedé atrás temblando de angustia – y sentí que un inmenso grito infinito recorría la naturaleza". ©

LA MUERTE DE UN HINCHA

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

El primer sepelio al que asistió Mariana Pérez, 68 años, relacionado con su afición por el fútbol, fue al del maestro Osvaldo Juan Zubeldía, el 18 de enero de 1982. La velación fue en cámara ardiente en el coliseo Iván de Bedout y ella hizo guardia de honor toda la noche. Otro muy sentido que recuerda fue el de Andrés Escobar, el 3 de julio de 1994, velado en cámara ardiente en el mismo coliseo. Cuando Mariana muera quiere encontrarse con ellos y con todos los hinchas que están en el más allá, quiere rezar con ellos y hacer fuerza juntos para que a Atlético Nacional le vaya bien.

Jefferson Pulgarín, 36 años, conductor de coche fúnebre y uno de los coordinadores de servicio de la Funeraria San Vicente, recuerda vívidamente el último entierro de un hincha de Nacional que atendió. El cuerpo iba en un ataúd convencional, de lámina de

hierro, pero pintado de verde. Los féretros personalizados para fanáticos de los equipos locales son fabricados por la empresa Infulot, propiedad de la familia Lotero. Fue Orlando Lotero, fundador de la empresa, quien se los inventó hace unos doce años. Así lo recuerda Mario Alberto Muñoz, conocido como Mario Cofres, maestro soldador y mano derecha del ya fallecido Orlando. También fue el viejo Lotero quien se inventó los cofres de lámina de hierro.

“El servicio fue hace unos tres meses”, dice Jefferson, pero no recuerda el nombre del difunto. Sabe que murió por arma blanca, en los alrededores del estadio Atanasio Girardot, y que vivía en el barrio París, en Bello, donde tuvieron lugar la misa y un homenaje que le hicieron familiares y amigos en su casa. El funeral duró más de cinco horas y Jefferson llevó su paciencia al límite para que no ocurriera otra tragedia.

*Cuando yo me muera
yo quiero que mi cajón
lo pinten de verde y blanco
como mi corazón
Canto de Los del Sur*

Mariana va al estadio desde que tenía ocho años y hace 39 fundó la barra Comando Tribuna Verde, que se ubica en Occidental baja y de la que es su presidenta. También hace parte de la junta directiva de Ubanal, la Asociación de Barras de Nacional. Le dicen la “mamá” de los jugadores porque hasta que pudo entró al camerino de Nacional —hace dos años la Dimayor prohibió la entrada de extraños a los camerinos— a poner sus vírgenes y santos y a rociar con agua bendita el espacio, los uniformes y los guayos. Así se hizo cercana a los jugadores y conocida de hinchas y periodistas.

En la final de la Copa Libertadores de 1989 tuvo un preinfarto. Estaba sentada en una tribuna del Campín, muy nerviosa, y de repente vio el estadio negro y cayó al piso. La sacaron por detrás de la tribuna colgada de un lazo y la llevaron al camerino de Nacional donde estaban los médicos, quienes le dieron los primeros auxilios. Recuperó la conciencia y lo primero que pidió fue que la dejaran ver el partido, pero los médicos no la dejaron salir. “Mariana, te tenés que controlar, no te podés morir, mirá que tenés que ver a Nacional campeón”, le decían. Poco a poco logró calmarse y pudo ver los penaltis. “Luego me tiré a la cancha y vi a René. ‘Loco, entonces qué, ¿qué hay para mí?’, le dije. Y se quitó los guantes y me los regaló”, cuenta Mariana.

El apagón de ese día y que sus tres hijos hayan trabajado en una funeraria le han ayudado a ser más consciente de la muerte, “aunque sea muy duro dejar a los hijos y no volver a ver a Nacional, ¿no te parece esa mucha tristeza?”, dice sentada en la sala de su apartamento en una de las lomas de El Poblado, mientras saca gorros, banderas, fotos y recortes de periódicos de un maletín que parece para hacer un viaje del que no va a regresar.

“En mi velorio me gustaría que hubiera una bandera de Nacional y que yo vaya con la camiseta, puede ser esta que tengo puesta, la de campeón de la Libertadores de este año, en un cajón verde y blanco, con el escudo del equipo. No estoy de acuerdo con los entierros, a mí me gusta más la cremación porque volver a sacar los restos es otro dolor y otro duelo. Me gustaría más bien tener la urna con las cenizas, también verde y blanca, y que tenga el escudo de Nacional y la foto de uno con la camiseta. Eso es lo que yo quiero para mi otra vida”, agrega buscando en el maletín los guantes que le regaló Higuaita.

Hace dos años le tocó vivir en la distancia la muerte de Radiolo, el fundador y presidente de la Academia Verde. “En Ubanal somos como hermanos. Nos reunimos cada mes y siempre que vamos a empezar lo llamamos y lo convocamos: ‘Radiolo, venga para acá que usted también tiene que estar aquí’”, dice con nostalgia. La última vez que lo vio fue en el estadio y después se fue de viaje para Miami. Su esposo la llamó para contarle. “Fue horrible, lloré dos días, era mi hermano del alma. Llamé a la señora para

decirle que hiciera de cuenta que yo estaba con ellos y que le dijera a Radiolo que nunca lo iba a olvidar. Y que se acordara, ya que estaba junto al Señor San Pedro, de decirles que nos colaboraran para que Nacional fuera berraco. Y vea, Nacional es un berraco”.

Después de mucho buscar en el maletín, encuentra los guantes de René, metidos dentro de un gorro navideño color verde con estrellitas doradas. “Mire qué hermosura, mire cómo están de gastados”, dice sobando los pedacitos de caucho que todavía quedan pegados de las palmas de los guantes. “Por ahora, esta es la herencia que le voy a dejar a mis hijos, ellos los tienen que tener. A mí que me metan en la urnita verde y blanca y que lleven las cenizas al estadio para no perderme partido”.

A Jefferson Pulgarín le tocó el servicio de un joven que apuñalaron por portar la camiseta de Nacional. Desde que fueron por el cuerpo a Medicina Legal había hinchas con camisetas y banderas esperándolo. Lo llevaron a la funeraria para preparar el cadáver y los hinchas se fueron detrás. Eran unos quince y se quedaron afuera esperando.

Esa mañana lo llevaron a la sala de velación Villanueva, que ya estaba llena de hinchas. “En la tarde, cuando llegamos a la sala para continuar el servicio, llevarlo a la misa y luego al cementerio, fue un caos”, cuenta Jefferson sentado en una cafetería al frente de la funeraria. “Era el gentío habido y por haber, llenamos dos buses, había gente sentada y parada, y otros montados en el techo de los buses con tambores, maracas, carrascas, banderas. Al muerto lo iban a cantar en una iglesia del barrio París y la inhumación era en el cementerio San Pedro”.

En la misa, dentro de la iglesia, solo se veían los allegados, la familia y los amigos más cercanos, la hinchada se quedó afuera, porque adentro no cabía. Tenían grabadoras de las que salían las canciones del Nacional. Cuando acabó la misa, la mamá del difunto se acercó a Jefferson.

—¿Será posible que lo llevemos a la casa? Es aquí a cuatro cuadras, porque le vamos a hacer un homenaje —le dijo.
—Con mucho gusto, no hay problema —dijo él.

El cofre verde estaba cubierto con la bandera del equipo. Los amigos lo llevaron en hombros y con las manos le pegaban al ataúd y le cantaban canciones del equipo. “En ese momento —cuenta Jefferson— la familia pierde protagonismo y vocería, el dolor lo pone en *stand by*, como diciendo ‘que ellos hagan lo que quieran’”. El que lideraba era un joven de unos diecisiete años, vestido con la camiseta de Nacional, que iba en una moto. Parcerero, vamos a hacer esto, vamos a hacer lo otro, necesitamos que nos colabore porque era el parcerero de toda la vida, le decía a Jefferson. “De hecho, a la mamá, la responsable ante nosotros, le agradaba lo que estaba pasando. En parte porque le daba cierta calma ver que su hijo fuera tan querido”.

El numeroso grupo de hinchas cerró la calle al frente de la casa, el carro fúnebre se quedó en la mitad de la multitud. Entraron el cofre y lo pusieron en la sala de la casa. Los amigos del barrio empezaron a hacer piques en motos. “Era una casa humilde, pero grande. En un servicio así, uno se tiene que armar de mucha paciencia porque puede pasar lo que uno menos piensa. Es un momento de dolor, la gente está sensible y mucho más con un hincha, porque ellos se apoyan mucho. Hay consumo de alcohol y drogas. Cuando saben que vamos para el cementerio se desbocan en el consumo”, cuenta Jefferson. El homenaje duró una media hora.

Además de los dos buses a cargo del servicio funerario, los allegados pusieron dos buses más para ir al cementerio.

Llenaron los buses, con gente hasta en los techos, y los dejaron forrados con banderas y pancartas. El cofre iba en el coche fúnebre, adelante unas cincuenta motocicletas y detrás carros particulares y los cuatro buses.

Cuando llegaron a la autopista norte, las motos la cerraron, no dejaban pasar a nadie. “Yo iba al paso del impulso del carro, prácticamente en neutra”, recuerda Jefferson. Hubo un momento en que uno de los muchachos de las motos tocó el vidrio del coche fúnebre, azarado.

—Oiste hijueputa, qué es lo que querés, hacele más despacio —le gritó a Jefferson.

—Hijo, más despacio es el carro parado, mirá que ni la aguja del velocímetro se mueve.

—Hacele despacio que no queremos llegar rápido al cementerio.

A la altura del puente de la Madre Laura, el lento cortejo se encontró de frente con el bus oficial del Nacional, con todos los jugadores, que subía hacia Rio-negro. “Me acuerdo y me da escalofrío. Uno tiene que ponerse en los zapatos de ellos, como ser humano, yo también soy hincha de Nacional, pero no fanático, lo vivo como me enseñaron, en familia, sin necesidad de algarabía”, dice Jefferson.

Cuando lo vieron, unos se tiraron de los buses, las motos pararon y los par-rilleros se bajaron, y todos se fueron a parar el bus de Nacional. La autopista colapsada en ambos sentidos. Empezaron a pegarle al carro y a saltar y cantar. Hay casualidades de casualidades. Estar en ese funeral, con un hincha de Nacional que murió por portar la camiseta, ¡y en ese momento pasar el bus con todos sus jugadores! Varios de ellos se bajaron. Uno se quitó la camiseta y la amarró en la parrilla de la parte de arriba del coche fúnebre. Se abrazaron, se tomaron fotos, y los jugadores volvieron al bus. El cortejo continuó rumbo a San Pedro, despacio, despacio.

A pocas cuadras del cementerio, los de las motos le dijeron a Jefferson que parara.

—Parcerero, ¿hay algún problema con que lo llevemos en hombros?

—No, ningún problema —les dijo Jefferson.

—Nosotros sacamos el cuerpo y ustedes váyanse para el cementerio que allá les llegamos.

Sacaron el cofre y lo cargaron. Adelante iba la banda con sus instrumentos, como en un desfile. Varios se querían llevar la camiseta del jugador que estaba amarrada al coche fúnebre, casi se arma una pelea, pero se la dieron a la hermana del difunto, quien se la puso encima de lo que llevaba puesto.

Llegaron al cementerio a eso de las cinco de la tarde. En la entrada retumbaban los cánticos y los tambores. “Uno se emociona —recuerda Jefferson—. Me hicieron estremecer, sea lo que sea, eso lo mueve a uno ciudadano, como alguien que quiere disfrutar el fútbol y le da tristeza ver a lo que se puede llegar”.

La bóveda asignada era en un segundo piso. Los hinchas siguieron hacia la galería con el cofre en hombros. La gente no cabía en el corredor. El sepulturero no sabía qué hacer. La familia iba adelante. Los demás abrían espacio para que ellos pasaran. Jefferson subió con la mamá para coordinar la despedida y estar pendiente cuando quisieran ingresar el féretro a la bóveda. “Muchas veces maltratan al sepulturero —dice Jefferson—, porque es el encargado de tapar la bóveda y muchos no lo admiten. O la familia, o los amigos, o los hinchas, se van a tirar a la bóveda para que no la cierren. No falta el que quiera meterse con el cofre; por eso me quedé al lado del sepulturero. Recuerdo los cantos, como si estuvieran en un partido, y el himno de Nacional... Ahí vienen los duros / ahí vienen los fuertes... Muchos tomaban fotos y grababan con los celulares”.



Después de una hora, llegó el momento del último adiós, el final del último partido. El cofre estaba completamente abierto. El difunto, vestido con la camiseta de Nacional, tenía entre dieciocho y veinte años. “Era monito y cejoncito, de cara muy pulida”, recuerda Jefferson. Los amigos se le tiraban encima para abrazarlo y besarlo. “Si no hay beso al fallecido, no hay nada. Le echaban aguardiente y le soplaban humo de cigarrillos de marihuana. Yo trataba de decirles que tuvieran cuidado porque en la preparación habían maquillado el cuerpo y se le podía correr, pero todos se le tiraban encima y lo besaban”.

Atrás se oían los cantos. Los últimos que se despidieron fueron los miembros de la familia. Cuando ellos dijeron mé-talo, varios muchachos se pegaron de las maniguetas del cofre. Unos hinchas empujaban hacia adentro, había gritos, euforia, y otros no lo soltaban. Empezaron los estrujones. “Yo tenía que darle la bolsita institucional a la mamá con las tarjetas de los ramos, la cinta del coche fúnebre, los recordatorios, pero quedó estripada”, dice Jefferson con una mueca.

Finalmente pudieron meterlo y el sepulturero, entre estrujones, logró poner la tapa y revocar. La lápida de mármol se pone treinta días después. Sobre el revoque, con un palito, el sepulturero escribió el nombre del difunto y la fecha de nacimiento y muerte. Cuando terminó de escribir, un hincha le pidió el palito y empezaron a escribirle mensajes. Jefferson aprovechó para hablar con la mamá.

—Qué pena, no le puedo entregar la bolsita en buen estado porque mire cómo quedó.

—Tranquilo, no hay problema —le dijo ella.

La salida del cementerio y la despachada de los buses son otros de los momentos más delicados, como la salida del estadio en un clásico. “El despacho se tiene que hacer con la mayor paciencia que uno pueda tener y mucho profesionalismo. Si les decís tres veces para dónde va el bus, ellos entienden que los estás echando. Y surgen los problemas”, cuenta Jefferson.

Entre la salida y la aglomeración afuera pasaron unos veinte minutos más con cantos, fumando, bebiendo, llorando, abrazándose. El funeral terminó hacia las siete de la noche, cuando lograron llenar los buses, de nuevo con gente en los techos. “Cuando la muerte es por haber llevado la camiseta es algo muy importante para los hinchas de una barra”, concluye Jefferson y se despide. Otro servicio para el más allá lo está esperando. ©

Este texto hace parte del convenio entre la Subsecretaría de Ciudadanía Cultural de Medellín y la Fundación Taller de Letras en cooperación con *Universo Centro* para la construcción de la memoria del fútbol en la ciudad.

LA COSA

por CAMILA TABORDA

Ilustraciones: Srta. Scarpetta

—**E**nfermera aplíqueme más anestesia —escuchas desde la lejanía del que está medio dormido, los doctores empiezan a cortar. —Yo necesito saber quién es el que me está poniendo tanta anestesia —alegas mientras la voz de afuera repite más anestesia—. ¿Cuál es su nombre, doctor? —y finalmente dormitas. —¡Doña Estrela, doña Estrela!

Dos enfermeras te sientan en la camilla, una te engeuce con luz albina mientras la otra te agita por los hombros. No sabes qué pasa después, cuando vuelves a abrir los ojos estás en la sala de recuperación.

—La operación ha salido de maravilla —te dicen.

Llegas a casa en compañía de tu esposo y te metes en la cama junto a él, hay algo diferente: es como si te hubieran entrado a esa cirugía y en vez de operarte de hemorroides te hubieran cambiado el cerebro.

—Pasaron cosas raras en ese quirófano, Jhon Jairo —te adormeces diciéndole—, siento una cosa en la cabeza, en la cabeza.

Corres al baño. Una plasta se precipita por tu esófago, te estira la garganta y vomitas hasta acabarte la bilis. El sol de la mañana alumbraba la casa y ya las arcadas te quitaron el sueño. En la taza del inodoro cuelga tu cabeza. Es sábado temprano, por teléfono, el cirujano receta Plasil.

Y aquí estalla lo que se viene expandiendo por catorce años. Los diez miligramos de metoclopramida reaccionan en menos de veinte minutos. Sientes que la tráquea se estrecha, de repente sollozas y como si un dique se rompiera no hay manera de que pares de llorar. Estás hundida en la acatisia, un efecto secundario producido por fármacos, un viaje al infierno que debería durar siete horas hasta que el cuerpo consigue expulsarlo; pero pasas un día así, dos, y al tercero, lunes 12 de noviembre de 2002, solo te quieres morir.

La saliva te tiembla y la sangre se reuerce a través de tus entrañas. No hay nadie en casa. Llamas a la vecina, ella es enfermera, sabrá qué hacer. La recibes sentada a las siete de la mañana en el sillón de la sala, encorvada, meciéndote como los locos se mecen en las películas.

—Ayúdeme a hacer algo, Marta, lléveme a algún lugar.

Vuelven a llamar al doctor, ella le cuenta sobre ti, tu fuga existencial y asiente. Al colgar, el cable del teléfono se mece en el aire como un crespo de marfil.

—Tenemos que ir a urgencias psiquiátricas pero necesito autorización de algún familiar, usted sabe el prejuicio que existe frente a las enfermedades mentales; aunque lo suyo —concluyó— parece una crisis nada más.

El 7 de noviembre de 1973 Paul Michel Foucault dictó por primera vez en su cátedra *Historia de los sistemas de pensamiento* del Collège de France, un tema que por años le zumbaba la cabeza: el poder psiquiátrico.

Para ese entonces contaba con 46 años, quinientos espectadores que libremente iban a escucharlo, una vida dedicada a los estudios críticos, alrededor de diez libros publicados entre los cuales se destacaba su tesis doctoral: *Historia de la locura en la época clásica*, títulos en psicología y filosofía, una pareja homosexual, presuntos intentos de suicidio juvenil y un diagnóstico superado de depresión aguda.

Entre grabadoras de escritorio, Foucault desenredó cada miércoles, durante tres meses, su tesis: la psiquiatría como dispositivo de poder.

La psiquiatría se fundó a las puertas del siglo XIX. Hay dos historias de aquella época, una más famosa que la otra. En la primera, cuentan, Jorge III de Inglaterra enfermó de una manía en 1788, para cuidarlo de sí fue confinado a una recámara real cubierta de colchones. Se le advirtió docilidad y sumisión, ya no era un soberano. Dos de sus pajes lo cuidaron y le recordaron la superioridad que ejercían sobre él. Así, en medio de sus delirios, lo bañaban a la fuerza, estregándolo con esponjas, cambiándolo de ropa, observándolo con altivez; meses después de este tipo de lecciones lo curaron en definitiva. La segunda historia relata que un ideólogo de la Revolución Francesa llamado Philippe Pinel fue asignado en 1793 como médico de las enfermerías del Hospicio de Alienados de Bicêtre, en París, donde lo sorprende una imagen: locos encadenados viviendo junto a sus propios desechos, atados por temor a sus furias.

De inmediato, esta es la escena mítica, Pinel liberó a los locos de las cadenas dando origen al “tratamiento moral”, un modelo acorde a los ideales ilustrados de la época que buscaba mejorar los asilos, menguar el maltrato y humanizar a los alienados, es decir, a los maniacos, melancólicos, dementes o idiotas.

Asiste tu madre, sí, irán las tres a Samein.

—¿Usted se va a ir así? —te cuestionan. Acabas de bajar las escaleras trastabillando en chanclas de playa. Además de la sudadera llevas una camisa deportiva y una chaqueta abultada de tu esposo porque tiritas de frío. No te bañas y se asombran de verte con la cara lavada donde las lágrimas ya han cogido ventaja.

Historia N°43063938. Apellidos completos: Suarez Tamayo. Nombre completo: Estela. Servicio: Coomeva. Edad: 38 años. Estado civil: casada (una hija de 9 años). Profesión: abogada. Empujaste a Marta dentro del consultorio y te aferraste a ella como niña escondida en las enaguas de un único pariente.

La mujer de enfrente lleva una bata, en la bata un bordado: Doctora P. Exige que salga tu amiga, que se retire, entretanto tú sientes un enjambre en la garganta. No te van a creer que no estás loca.

—Qué pena me da, pero uno al psiquiatra no entra acompañado —insiste la doctora P—. Es como cuando usted va donde el confesor, ¿usted va donde un padre a confesarse acompañada? ¡No! —responde ella misma—. Usted va sola, hágase de cuenta que viene a confesarse.

Y Marta dejó el consultorio espantando con el portazo lo que llevabas unos minutos sin pensar: no puedo quedarme en un manicomio por esto.

Empieza el interrogatorio: ¿cuántos enfermos mentales hay en su familia? Ahora que los cuentas son casi una docena entre allegados y lejanos. La doctora P. no para de escribir, te describe en su hoja tamaño carta, “obsesiva, controladora, descalificadora, estricta con todos y todo”. La oyes copiar a tiro, le oyes decir:

—Tú estás en una crisis de depresión, pánico y ansiedad; no tienes un solo diagnóstico; tienes tres, yo pienso que podrías quedarte hospitalizada.

Entonces palideces.

—¡No! ¿Sabe por qué traje a mi amiga? Porque ella es del área de la salud y yo quería que ella influyera en usted para que no me dejara aquí, no, no, yo no me aguanto esto, no, no, no, peor la cura que la enfermedad —te mira como si fueras algo que va a estallar.cae una gota de silencio.

—¿Usted es capaz de seguir instrucciones al pie de la letra? Te precipitas a contestar:

—Mire yo soy un relojito, así usted no me crea por estar enferma, pero para todo lo que usted me diga yo soy un relojito, lo que tenga que hacer.

Y solo por un segundo, con este flash de compasión, adviertes cómo es la doctora. Una mujer de tu edad, sólida, con cabello al hombro y rubia, de mejillas redondas y ojos claros; no se ha movido de su lado del consultorio, maniobra desde allí con su acento opita. En el *Tratado del delirio* del médico francés François Emmanuel Fodéré de 1817, el psiquiatra, exigían, debía tener un hermoso físico que lograra imponerse frente al loco.

Sabes que estás enferma, que necesitas que te traten porque sientes que te vas a enloquecer. Te receta una droga: Alprazolam 0.25 mg tres veces al día; también Fluoxetina 20 mg, una diaria. Aconseja que estés siempre acompañada y si al otro día no te sientes tranquila, debes llamarla a pedir tu hospitalización.

Clase del 30 de enero de 1974. A través de los altoparlantes la voz afrancesada de Foucault anota las tres técnicas principales adoptadas por la psiquiatría a lo largo del siglo XIX, cuando echó raíces en los asilos y se hizo ciencia: el interrogatorio, la droga y la hipnosis.

Debía ser una confesión. El interrogatorio constaba de preguntas continuas,

ordenadas cual un historial para impedir al enfermo hilvanar su propio relato. Llegado el pináculo, luego de agitar las mareas y escarbar lo que podría llamarse anomalía, recibir secretos y síntomas, prometer sacar la culpa y curar, se daba el momento, el aprieto que al paciente le hacía aceptar su enfermedad, cuando admitía que el manicomio estaba hecho para él, que el psiquiatra era su libertador de la locura.

Entre 1800 y 1880 se practicó en los hospitales psiquiátricos el uso del opio para sedar, suministros de nitrito de amilo a los epilépticos e histéricos, cloroformo como anestésico, éter para los neuróticos, láudano a los nerviosos. ¿Con qué objetivo? Apaciguar el sistema nervioso del paciente, garantizar la calma del asilo, el silencio de los cuerpos. Aún los psicofármacos tienen este fin en las instituciones.

El magnetismo y la hipnosis, al igual que el interrogatorio y la droga, causaban el mismo efecto: la docilidad. La capacidad de modelar la conducta del hipnotizado; decirle qué hacer, suprimir un síntoma, influir en sus entrañas y hasta en sus funciones vitales, es decir, imponer su autoridad de psiquiatra.

En ese tiempo, bajo el tratamiento moral, se utilizaron instrumentos como la silla fija, donde se aseguraba por horas al esqueleto enfermo; la silla móvil, que se agitaba al compás del furioso revuelo; la camisa de fuerza e incluso esposas de hierro, férretos de mimbre y collares caninos de puntas bajo la barbilla.

Sin embargo, fue el aislamiento del alienado la práctica decimonónica por excelencia. Según el psiquiatra francés Jean Étienne Dominique Esquirol, discípulo de Pinel, en su *Mémoire sur l'isolement des aliénés* de 1852, “(el sequestro, confinamiento) consiste en sustraerlo de todas sus costumbres, separándolo de su familia, sus amigos, sus servidores; rodeándolo de extraños; modificando toda su manera de vivir”.

Desde el primer día de tu vida hasta los once años, y a veces más grandecita, orinaste la cama. Aquel 29 de diciembre de 1963 naciste en Bello, Antioquia, la mayor de los tres hijos de tus

padres. Introvertida, callada y tímida ¿Recuerdas? ¡Tan nerviosa! Inclusive, estando en la Universidad de Medellín, estudiando Derecho, tuviste que cambiar la sábana.

Una mamá muy brava, demasiado estricta contigo. Tú te escondías entre las piernas de papá, tras el periódico *El Colombiano* para que ella no te fuera a parar. Papá siempre ha sido un hombre sereno, te defendía.

—¡No humille a la niña, que cuando alguien le pega a otra persona la está humillando!

—Parece azogada —le decían a tu madre sus amigas, apenándola, empujando su arito: ¡Esta langarutica! ¡Esta langaruta!

Entonces contraías tus formas chiquitas de un cuerpo que va aflorando; ya para ese momento cursabas segundo de primaria, jugabas con tu hermano dos años menor. Vivían en Belén La Palma, Medellín. En resumen, la infancia surcó feliz.

Por ese tiempo te obsesionaste con el aseo; limpiando vidrios todo el día, barriendo los pisos encerados de la casa grande, pareciéndote que no tenías nada que decir por ese temor reverencial a los mayores que te enmudecía.

En aquel momento soñabas con tener dieciocho y largarte. Ni riesgos de ir a cine con hombres ni a fiestas de garaje: Usted con muchachos, ¡ni en sueños, Estela! Tampoco a la pista de patinaje los sábados, a veces, ni siquiera salir con la amiguita que había tocado el timbre y esperaba la respuesta en la puerta.

Entretanto se dirigía a ti.

—¡Bien pueda si quiere se va ya, ahí está la puerta, pero se larga con una mano adelante y otra atrás, ni crea que la vamos a seguir manteniendo!

Y te quedabas gruñendo como perro chico que no para de ladrar. Así se fue el colegio, de mañana retraída, y en casa, un chihuahuas contestón.

¿Qué estudiar? Si sentías que nada te gustaba excepto medicina, pero ese examen de la Universidad de Antioquia nunca lo llegarías a pasar. ¿Qué tal si reprobasas? ¿Cómo se afligirían tus padres teniendo una hija fracasada? ¡Qué pena! Aunque se empolva en tu cajón el

apreciado *Vademécum* junto al libro de *Medicina y salud* con el que, de colegiala, te atrevías a diagnosticar.

Febrero 19, 2016. Hospital Mental de Antioquia. Consultorio sin especificar. Todos están inclinados sobre la lista de pacientes. Si bien son las nueve de la mañana, la luz de leche indica cualquier hora. El psiquiatra rueda en su silla hasta ponerse tras el escritorio, y a su espalda, tres alumnos esperan sentados en Rimax blancas. ¿Tiene algún problema con que estén los estudiantes? Arrimados contra la fría pared, el trío de espectadores guarda silencio; cuando se vaya el enfermo hablarán.

En 1817 se dieron las primeras presentaciones del enfermo en la historia de la psiquiatría. Las comenzó Esquirol en su curso sobre las enfermedades mentales de la Salpêtrière, una antigua salitrería parisina convertida en asilo para mujeres. Así apareció una práctica clínica: el interrogatorio que instruye a los estudiantes, el médico examina al mismo tiempo que hace de profesor y el paciente sirve de objeto mientras los alumnos observan. Pero, ¿por qué están importante esta puesta en escena?

El psiquiatra habla y a veces el enfermo no lo escucha. Ahora vienen otros a ver, unos muchachos que atienden sagradamente sus palabras y contemplan su lengua que salpica, lo respetan, ante sus ojos él tiene potestad, interroga, socava la biografía. ¡He ahí la enfermedad! y empuña algo invisible, lo deforma, lo comenta, lo expone ante ellos. Debe ser una verdad lo que está diciendo porque todos asienten con la cabeza.

Estás enferma, incluso antes de que te diagnosticaran. Piensas que tal vez siempre lo has estado. No era normal aterrarte a escala sísmica por los exámenes en la universidad o arrancarte el borde de los dedos con la excusa de un uñero.

En 1990, después de casarte con Johnja, un hurra que al igual que tú siempre llegaba diez minutos antes a clase, te enteraste de que no podías tener hijos y él debía salir a buscarte a medianoche.

—¿Qué estás haciendo, Estela? —te preguntaba.

Estabas llorando, caminando, llorando y caminando. Tus amigas tenían bebés; las encontrabas un día y tenían la panza inflada. ¿Por qué tú no? ¿Por qué ellas sí y tú no? ¿Por qué?

—¿Y si adoptamos un bebé?





Debía acabar lo de escapar todas las noches a la una de mañana desconsolada. Él lo sugirió, él no tenía prejuicios pero, ¿y tú? Seguro te faltaría el instinto materno, pensabas, de pronto el bebé llora en la madrugada y se te olvida que está ahí porque no es tuyo, no salió de tu vientre. Después vino Manuela, con un añito y con los ojos más tristes del mundo. Te la entregaron el 14 de diciembre de 1994 en una oficina de Bienestar Familiar en Medellín. Era como una muñeca repolla muy blanca, con dos chapitas en los cachetes y el pelo roto por su desnutrición. Lloraba por su antigua madre sustituta.

Pidió a su *mamá* por un mes y creíste que no ibas a poder, que se lo habías arrebatado todo a esa niña hasta que tú fuiste su *mamá* y Johnja fue su *papá*. Entonces las tardes se hicieron interminables con *El pájaro carpintero*, *El negro Cirilo* y la canción de las vocales.

Con el tiempo volviste a llorar: Manu no había sido la hija que esperabas. Su carácter te encogía, a veces te miraba como si fueras su enemiga e iba levantando la ceja, mostrándose más callada, empedrada, mala estudiante, contestataria; la muchachita, cariñosa nunca ha sido.

Vivían en la Urbanización Montelara del barrio La Mota, una casa deliciosa de tres pisos. Allí regresaste de las tres cirugías del 2002: hernia inguinal, túnel carpiano en ambas manos junto al pulgar derecho engatillado, y en noviembre, hemorroides. También allí sucedió el infierno, trayendo consigo La Cosa.

La Cosa ha tenido muchos nombres: sabiduría, posesión demoníaca, locura, melancolía, sinrazón, manía, histeria, inconsciencia, desequilibrio mental, trastorno. El árbol de la psiquiatría enramó, la escuela francesa y la escuela alemana se alzaron con vigor a lo largo

del siglo XIX. Entre 1870 a 1880 en Colombia se fundaron los primeros establecimientos para enfermos mentales. En Medellín, por ejemplo, en abril de 1878 se estableció un hospital para locos ubicado en casas alquiladas del Centro, hasta la construcción del Manicomio Departamental de Bermejil en 1892.

En aquel tiempo, el tratamiento variaba entre sedantes con base en bromuro y valeriana, opio, dosis de cloral, baños de agua caliente o fría, abscesos provocados por inyección de trementina y transfusiones sanguíneas con malaria. Luego de los años treinta ingresaron al país nuevos métodos psiquiátricos: la convulsoterapia por cardiazol, electrochoques y lobotomía. Hasta entonces los asilos del planeta se encontraban atestados de personas, fue la aparición de la psicofarmacología en 1950 lo que les permitió volver a casa.

La Sociedad Colombiana de Psiquiatría cuenta actualmente con 930 miembros. Fue fundada en Medellín el 30 de abril de 1961. El interrogatorio y la droga son aún sus técnicas principales, a ratos la hipnosis y siempre la presentación de enfermos al educar.

Llorando y caminando. La Cosa que no te deja ser normal del todo y te encalambra el costado de las piernas, hace que tiriten tus muslos como si vivieras en invierno. La doctora P. la ha llamado episodio depresivo-ansioso y luego se refirió a La Cosa como Trastorno de Ansiedad Generalizada. A diario te picoteas las cejas con el depilador por el pelo estancado, de modo que se te hincha el párpado y te infectas el ceño. Tu vieron que regalarte una depilación definitiva láser.

En la Navidad del 2006, la doctora P. cambió de opinión, Trastorno Afectivo Bipolar y recuerdas cuando la vida te pasaba brisando. Todavía tomas Alprazolam y Fluoxetina: a veces sube la dosis, a veces baja la dosis. Tus taras son tu depresión, dices. Siempre sueñas que estás perdida.

Enero/14/2010: Trastorno de ansiedad generalizada + trastorno obsesivo compulsivo + trastorno afectivo bipolar? P. garabatea en tu historia clínica. ¿Recuerdas cómo eras cuando eras feliz? Siempre te pones en los zapatos de todos, ¿qué pasaría si...?, te preguntas ¿Qué va a hacer tu día hoy? En el 2011 el diagnóstico es F410 + F605 + F319 ¿Quién eres?

Johnja se hizo magistrado y tuvo que irse a Quibdó. Son muchos metros en la casa para Manuela y para ti, eventualmente arman su contienda sin el mediador. Él apenas regresa tardíamente los viernes y vuelve a partir el lunes temprano. Lamotrigina, Sertralina, Alprazolam.

—¿Por qué tienes sangre en el pelo?
Te rajaste el cráneo con las uñas, al lado izquierdo, de tanto rascar te salieron cabellos de sangre, cuando lo notaron te apenó y lo dejaste de hacer.

Se mudaron al Poblado, a un sexto piso orbitado por otros edificios. Ahora, caminando y llorando recorres 136 metros cuadrados. En semana (8:00 p.m.-1:00 a.m.). Papel higiénico, alcohol, Fucicort, cortauñas y tiñes la cobija de sangre debido a la manicura; te arrancas las uñas hasta ese ocaso que tiene la cutícula; excepto en los meñiques y los índices, donde la fibra no es negra ni abultada como en los otros dedos estropeados, a los que debes pintar de esmalte oscuro y vendar cuando supuran. Ahora estás tratando de superarlo.

La Cosa sobreviene cuando Johnja empaca su maletica. Cuando es domingo en la noche y él está imprimiendo el pasabordo, guardando su café; se te agolpa de repente el llanto que te hará falta derramar al morir tus padres o, ¡que Dios no lo quiera!, si algo le pasara a Manuela.

Trabajas hasta el mediodía. Sales a almorzar con tus amigas. Vas al gimnasio y visitas a mamá y a papá. Bajas al césped a fumar el Marlboro Gold cada cinco horas para no incomodar a los vecinos. No te concentras, antes podías leer. ¿Cómo eras cuando eras feliz? Oscurece y la última luz entra por los ventanales del departamento. Las familias se reúnen en casa, los imaginas sentarse al comedor, llegan los esposos, los hijos y a ti no te llega nadie. ☹



LA DIFERENCIA ESTÁ EN QUE
A NUESTROS ASOCIADOS
LES BRILLAN LOS OJOS

Cooperativizando para el
BIENVIVIR



Encuétranos en
www.confiar.coop

UNIVERSIDAD
EAFIT

“Somos investigación, curiosidad,
asombro, descubrimiento...”

Maestría en Escrituras Creativas

SNIES 104806 Medellín - Resolución 12108 del 5 de agosto del 2015 con vigencia de 7 años. Duración: 3 semestres

Maestría en Hermenéutica Literaria

SNIES 54790 Medellín - Resolución 20333 del 16 de diciembre de 2015 con vigencia de 7 años. Duración: 4 semestres

INSCRIPCIONES ABIERTAS

Hasta noviembre 11 del 2016

» Ingresa a www.eafit.edu.co/posgrados para conocer los programas de posgrados presenciales y virtuales

Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación

Medellín . Llanogrande . Bogotá . Pereira | Tel: +57(4) 448 9500 | Línea nacional: 01 8000 515 900 | posgrados@eafit.edu.co

Un día libre

por JUAN CARLOS ORREGO

Pocas horas después de que la Svenska Akademien anunciara que el Premio Nobel de Literatura 2016 había sido adjudicado a Bob Dylan, la prensa virtual se llenó de vítores y, sobre todo, de homilias *hippies* en defensa del cantante. En *El Tiempo* del 14 de octubre pude leer, por ejemplo, sentimentales justificaciones de Juan Esteban Constaín y Ricardo Silva Romero, a quienes se sumó un profesor universitario bogotano que, por anticipado, llamó pacatos a todos los que no compartieran el veredicto de los suecos. Sobre decir que todo eso, por reiterativo y aparatoso, no podía despertar más sospechas y solo consiguió, de rebote, poner en evidencia que Dylan había caído al pozo sin fondo de un adefesio; uno como el Balón de Oro de Messi en el Mundial del 2014. A diferencia de eso, cuando el Nobel apuntó hacia J. M. Coetzee, Mario Vargas Llosa o Alice Munro —son solo ejemplos casuales— a nadie se le ocurrió que hubiera que justificar nada.

Bob Dylan es tan poeta como Silvio Rodríguez: esto es, un poeta del montón, un poco o nada memorable (y conste que soy lo que se dice un “silviómano”; pero aun así sé que, sin música, la letra de *La maza* sería un amasijo indescifrable de palabras, así como *Óleo de mujer sin sombrero* se convertiría, por aquello de “el delirio y el polvo”, en poco más que un soneto pornográfico). Que gringo y cubano sean buenos músicos es otra cosa, y como no fui al conservatorio poco sé del asunto. Sin embargo, no se me escapa que la letra musical debe más a la composición melódica que la acompaña que a su pura expresión poética: la emoción y vigor de la música harán que la letra resulte más o menos ajustada, incluso genial, y eso explica que incontables rípios verbales hayan alcanzado celebridad solo porque se acomodan perfectamente al temple de las notas por las que fluyen; piénsese, si no, en *hits* populares como *Soy tan pobre* o *Agüita'e coco*. Quizá sea útil traer a colación un ejemplo inverso: entre las canciones de Pablo Milanés, una de las que sugiere mayor esfuerzo y extenuación en su pista musical es *Hombre preso que mira a su hijo*, cuya letra proviene de un poemario de Mario Benedetti. En algo ayuda —supongo— que el uruguayo no fuera, propiamente, un genio lírico.

En suma, de lo que se trata es de no confundir la naturaleza de los diversos artes en que intervienen las palabras, entre los cuales no todos habrán de ser literarios, y entre los cuales los que son literarios no tendrían, por así decirlo, la misma “potencia”. Después de todo, la Svenska Akademien fue honesta al anunciar el premio con la lacónica, modesta y poco persuasiva frase de que Dylan merecía la medalla de Alfred Nobel por “haber creado nuevas formas de expresión poética dentro de la gran tradición de la canción

estadounidense”. Antes que nada, los suecos reconocieron que se trataba de una especie de la poesía atrapada en el universo musical, lo cual, a mi juicio, es reconocer que se está premiando un subgénero prostituido o, cuando menos, esclavo. La segunda parte del fallo —la que admite que con este Nobel de Literatura se corona una tradición musical— es poco menos que absurda; no hace falta ser tan pacato como yo para sentir escozor. Hace más de un siglo que Ferdinand de Saussure insinuó que, si la literatura era algo, ello era precisamente que *no era* música.

Muchos prosélitos de Dylan, incapaces de reconocer que, como ellos mismos, los académicos suecos habían sido presa de un sentimentalismo romántico de juventud perdida, se empeñaron en amplificar —hasta la tergiversación— las palabras del fallo. Se habrán dicho: “¿Bob Dylan poeta? ¡Claro que Bob Dylan es poeta!”. Alguien, en medio de los cañonazos de la celebración, lo acomodó junto a Walt Whitman (algo que, a mi buen o mal entender, equivale a comparar a Galy Galiano con Aurelio Arturo). Aunque nunca está de más mostrar respeto por los muertos, tampoco es un delito usar los huesos ajenos para lustrar con ellos a los vivos: hace doscientos años, nadie tomó a mal que Bolívar se comparara con Jesucristo. Más impío es burlarse de los vivos; burlarse, por ejemplo, de gente como Philip Roth, Don DeLillo y Joyce Carol Oates, esos escritores verdaderos y pacientes que, desde el lejano 1993 en que los laureles cayeron en la cabeza de Toni Morrison, esperaban que el sol del Nobel alumbrara de nuevo en su país. Para su desgracia, cuando el astro por fin asomó, un tonadillero los relegó a la sombra; o peor —como escribió Pierre Assouline, director del *Magazine Littéraire*—: el fallo los mandó a los infiernos, a ellos y a toda la literatura norteamericana contemporánea.

Los franceses no solo disparan contra el islam: cualquier cosa, buena o mala, puede ser blanco de su inteligente frivolidad. No acababa de enterarse Dylan del pintoresco veredicto cuando los periodistas galos ya sazonaban todo tipo de burlas contra los académicos suecos. El mismo Assouline escribió, parafraseando a Jean-Paul Sartre, que la literatura era todo: “Todo. Menos Bob Dylan”. Mientras tanto, en *Le Figaro*, Éric Neuhoff propuso una graciosa fábula sobre la secreta reunión de la Svenska Akademien: entre los eruditos, aburridos en una inacabable sesión, alguien deja caer el nombre de Dylan nada más que por hacer una broma; inicialmente todos se ríen, pero muy pronto se prendan de la idea, y todo queda zanjado cuando alguno dice: “¡Todos hablarán de nosotros! ¡Y Philip Roth volverá a casa con las manos vacías!”. No lejos de allí, el escocés Irvin Welsh apuntó que premiar a Dylan solo podía ocurrírseles a unos “*hippies* viejos con

la próstata rancia”. *Mutatis mutandis*, eso fue lo que dijo Pepe Mujica cuando le preguntaron su opinión sobre los directivos de la Fifa: “Son una manga de viejos hijos de puta”. Sobre decir que a los suecos los salva la nobleza de su marihuana.

Del ahogado, el sombrero: un Nobel insulso nos ha salvado de esa comezón impaciente que, hasta hace muy poco, nos provocaban los fallos de octubre. Entonces dejábamos tirada la novela que venía haciendo nuestras delicias y, con tanto remordimiento como ansiedad, corrimos a las librerías para preguntar por libros que todavía demorarían dos meses en llegar. Por mi parte, aprovecharé para acabar con las obras completas de Patrick Modiano, Premio Nobel de 2014. Porque el año pasado la Svenska Akademien también dio el día libre. ☺



Ilustración: Hernán Franco Higuaita

Breve defensa de Bob

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Está bien que uno no esté de acuerdo con que a Bob Dylan le hayan dado el Nobel de Literatura, así como a otros, los del noviciado del No, tampoco les gustó el nombre de Juanpa para el de la paz. Pero creo que hay un trufillo desdeñoso, sobre todo cuando se califica a Bob de tonadillero o se llama a la canción un subgénero o género menor. El enunciado implícito es que hay otra Literatura, con mayúscula, donde estaría gente como Dohn DeLillo o el *best seller* japonés Haruki Murakami. Esto es, a todas luces, no solo injusto

con la composición poética de artistas como Leonard Cohen o Joan Manuel Serrat, para citar solo dos casos, sino también demasiado ingenuo al creer infalible a una academia que también le otorgó el máximo galardón de las letras a *sir* Winston Churchill.

Dice en el acta que a Churchill se lo concedieron por “su dominio de la descripción histórica y biográfica, así como por su brillante oratoria en defensa de los valores humanos”. En suma, el primer ministro escribió un libro de memorias y varios discursos, suficiente para que los lectores de Estocolmo lo unguieran como maestro de la escritura universal. Otra cosa es pensar que la medalla tenía, como siempre se dijo, un tinte más político que poético, pero eso es otro cantar.

Si un Nobel puede ser tan discutible como un Óscar, no veo por qué haya que votar tanta pólvora (tal vez de la otra que inventó Alfred) en un galardón así, que ha premiado a poetas desabridos, ya justamente olvidados, o a novelistas de medio pelo como Pearl S. Buck, por ejemplo. Pero lo que sí me parece preocupante es que se ignore que Bob Dylan es un poeta, o que la poesía subyace en toda buena canción, o que haya aparecido en sus comienzos junto con la épica, como ya lo sabemos, no solo por Arístoteles sino por una larga tradición que va desde los aedos, los rapsodas y tantos otros que escribieron para cantar. Recuerdo que en un recital en un bar de Caracas, mientras el poeta Jaime Jaramillo Escobar se preparaba para leer sus textos, con su habitual entonación, algún espontáneo le gritó: ¿Va a cantar? Sí, respondió él, estamos cantando, porque la poesía también es canción.

Si a este paso vamos, habría que reevaluar el Nobel de García Márquez puesto que el propio autor dijo: “*Cien años de soledad* no es más que un valledato de trescientas cincuenta páginas”.

Quizás a Bob también le hayan anunciado el premio, como contrapeso a Trump, dados sus gestos contestarios y hasta iconoclastas (una semana después ni siquiera les había pasado al teléfono a los suecos), pero también es cierto que no se lo puede mirar como si fuera un metalero de barrio. Antes de juzgarlo de un modo tan ligero habría que empezar por buscar buenas traducciones, no las que han hecho los *payoleros* de su música. Así nos daríamos cuenta de que tampoco es un tonadillero, como afirma el profesor Orrego, y menos que los de la Academia se la fumaron verde para inspirar su decisión, en una frase que recuerda al mejor Ordóñez.

Para entender un poco por qué Dylan es más poeta que cantante es suficiente con rastrear cómo la crítica musical ha destrozado su gangoso sonsonete. Otros, bajo el mismo rasero, no le atribuyen mayor valor melódico a la banda sonora que acompaña sus letras. He aquí un caso donde la música y la poesía se mezclan, de modo prostituido, como dice el articulista, que también le embiste contra la mezcla impura de las artes, que no deberían confundirse entre sí, ya que hay unas más verdaderas que otras.

En el otro sentido, la admiración del mundo literario por el maestro se expresa en múltiples libros, como la bella crónica del escritor norteamericano Sam Shepard, *Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera*. A Dylan le sobran fieles desde hace décadas, y no creo que necesite justificarse, ni le importe que su elección haya “mandado a los infiernos a Philip Roth”, mucho menos que sea un irrespeto con “escritores verdaderos y pacientes” que esperaban que “el sol del Nobel los alumbrara de nuevo en su país”.

También llama la atención la alusión que se hace al premio concedido en el 2015 a la escritora rusa, Svetlana Aleksíevich, y que, según cuenta Orrego, pasó en blanco sin leerla. Debe ser porque tampoco es una autora de ficción, en el riguroso sentido en que él lo entiende, sino una cronista que utiliza las técnicas y la estética del periodismo narrativo para contar las historias que le interesan, bajo un rótulo que hace rato acuñaron los gringos, el de *non fiction*. Esto tampoco debería ser premiado puesto que es un subgénero o género menor, al lado de Murakami.

Es curioso, sobre todo, este prejuicio, cuando sabemos que quien desdeña de ese modo la narrativa periodística es autor de dos libros de crónicas, a saber: *Viaje al Perú* y *Tumba de indios*, este último recién aparecido.

Le sugiero al querido Juan Carlos que no desdeñe sus libros de periodismo, ni tenga escozor por tales géneros, por muy espurios que le parezcan. Algún día la Academia se lo reconocerá. ☺

Los amigos no existen

por DAVID BETANCOURT

Ilustración: Manuel Celis Vivas

El día que conocí a Jeringa salí de la casa para el Parque del Periodista. Cuando llegué los muchachos estaban afuera del bar, cada uno con su botella, sus cigarrillos, sentados en fila y separados por medio metro. A Aguapanelo la falta de amigos parecía que lo había enloquecido, por eso lo miré primero y, en un ataque de amistad, quise saludarlo, acercarme e invitarlo a la reconciliación, pero no lo hice y me pasé varias horas, mientras me tomaba mi litro personal de aguardiente, oyéndole sus disputas a alto volumen con él mismo. Se decía que los amigos no existen, que se acabaron, que la soledad es muy hijueputa, y él mismo se respondía que sí, que existen, que son una bendición de Dios. Se decía que odiaba ser bipolar, que era una sensación maravillosa. Brindaba con él, lloraba y el otro él le decía que no fuera nenita, que dejara de chillar. Yo seguía tomando muy seguido, cogiendo fuerzas para aguantar los golpes que me darían los muchachos cuando me parara frente a ellos y les dijera lo que se merecían, lo patéticos que se veía cada uno de ellos con su mundo, que me veía, lo peligroso de andar solo en esta ciudad sin amigos, lo aburrido... Tampoco tuve agallas.

A medida que llegaba la noche éramos menos. Los que se iban sacaban de la billetera algún billete para el ladrón de turno o de diez mil para el taxi, plata que de andar juntos significaría entre todos unas cuantas botellas más y una pasafita a saludar a Fernandito, que nos había cambiado por las peladas del estriptis. Cuando estaba a punto de acabar el litro y vi solo a Aleli, que había terminado su trago, me fui para el estancuillo y compré, con la plata destinada para el ladrón, medicita para compartirla con él, darle la mano y decirle que dejáramos de bobiar, que amigos por siempre, que nos pusieramos en la tarea de reconciliarlos a todos... Pero cuando llegué ya no estaba, tampoco lo que quedaba de mi caja de aguardiente. Lo maldije. A todos los maldije y estuve de acuerdo con el yo de Aguapanelo, que aseguraba que los amigos no existen. Me sentí más solo que nunca. A los pocos minutos conocí a Jeringa.

Subiendo para la casa me agarraron los nervios porque no tener plata para los ladrones era como estar muerto. Así que decidí burlarme de la vida, retarla por mala, injusta y peligrosa, por quitarme con quién charlar. Como antes, subí gritando, cantando canciones a todo volumen, mirando de frente y amenazante a los ojos de los que me encontraban en la calle, sintiéndome muchos... De un momento a otro escuché sonar las ramas del palo de mangos que acababa de pasar y se me fue el valor, me entró un escalofrío tremendo, un miedo de esos que presienten la muerte. Solo me faltaban tres cuadras para llegar a la casa y pensé en correr, pero las piernas me temblaban, así que saqué la media que me venía tomando en el camino y me mandé un trago largo. Me di la bendición disimuladamente para que el ladrón no advirtiera el miedo y, antes de que se me acercara por detrás con una navaja o pistola y me dijera: "Esto es un atraco, no mire para atrás, no me mire y deme lo que tenga", me puse el buzo, que cargaba en los hombros, para restarle potencia al impacto de la bala o de la navaja.



El ladrón seguía detrás de mí, caminando muy muy lento, y yo seguía tomando y fumando como si nada, pero repitiendo por dentro, muy por dentro para que no fuera a escuchar: "No tengo miedo, no tengo miedo, ni cinco, ni cinco de miedo". Unos pasos más adelante se me acercó y me cogió del cuello abrazándome fuerte.

—Hey, chino, no se mueva que le clavo esta pistola —me dijo, muy asustado, mientras yo, confundido, pensaba con qué me iba a matar—. Haga de cuenta que somos amigos y no dé visaje. Abrácame también.

—Tranquilo, señor ladrón, fresco —y lo abracé también, como a un amigo, y me sentí pleno. Hace años que no abrazaba a nadie.

Seguimos caminando lentamente y me pidió plata o anillos o el reloj o algo de valor, pero yo le dije la verdad. Ahí fue cuando sentí que me empezaba a clavar la navaja o la pistola o el dedo, no sé, pero en todo caso algo me punzaba en la espalda.

—Que me des plata, güevón, que no estoy charlando.

—Don ladrón, se lo juro, no tengo nada, estoy pelao. Si quiere tómeselo —le dije, y me voltié a mirarlo; luego le aclaré, dándole palmaditas en el hombro—: eso sí, no tengo copas, le toca a pico de botella.

Se tomó el sorbo sin dejar de abrazarme y seguimos caminando. Le ofrecí cigarrillos. En el camino le dije que me daba mucha pena pero que en realidad estaba sin un peso, sin fondos, que la plata que tenía me la había gastado en

la media, que en otra oportunidad con mucho gusto, que qué días atracaba por acá y a qué horas para yo pasar... Hablando y hablando se olvidó de que yo era su víctima, y yo de que iba para mi casa. Me había alejado treinta minutos a pie abrazado y bebiendo con el ladrón.

Le conté mis penas y él me contó las suyas. Le conté que antes los muchachos y yo íbamos y veníamos por la ciudad juntos, felices, haciendo locuras, conociendo el mundo, pero que a la vida se le había dado por separarnos de a poquito. Le conté que cuando empecé a trabajar en el periódico y salía mi nombre en Google era el ídolo de todos, que me admiraban, chicaniaban conmigo, pero que luego me les convertí en una amenaza y me mandaron a la mierda. Le conté que con el paso de los días todos se fueron quedando solos, que cada uno andaba con cada uno, que se había desbaratado el grupo. Me contó que los amigos que tenía también lo habían sacado a patadas por pobre, luego otros por ladrón, otros por no compartir la plata de los robos y, al final, se quedó sin nadie para charlar. Le conté que a Andresito le había pasado algo parecido, que también lo habían echado del combo porque era el más lindo, el más papi, el tumbalocas, y las peladas solo lo querían y perseguían a él y a los demás no les dejaba ni un piquito ni una tocaíta. Me contó que llevaba dos años robando en el barrio, que antes era muy difícil pero que de un tiempo para acá era sencillísimo porque ya no se veían galladas, que las personas andaban solas, sin amigos, y no había peligro, que

con un dedo hacía para comer, compraba ropa, pagaba la pieza, iba a toros y mucho más... En una ocasión, me dijo, yo iba a ser su víctima pero otro ladrón se le adelantó.

—Y vos le diste, pillao, y a mí te me estás haciendo el loco —me dijo, sonriendo, y se tomó el último trago—, pero te la perdono y te agradezco la conversación y el guaro, sos un bacán.

Entonces se soltó del abrazo y arrancó para abajo otra vez. Lo vi alejándose y me agarró la nostalgia, la melancolía, me acordé de la soledad, de la falta de compañía, me puse a pensar cosas, a extrañar el abrazo y no me aguanté y me fui corriendo detrás de él para alcanzarlo, persiguiéndolo como un ladrón.

—¿Otra media o qué, viejo man? —le pregunté— ¿O una botella? A propósito, ¿cómo te llamás?, si se puede saber.

—Jeringa, un amigo más —me dijo, y me estiró la mano—. ¿Y la plata? —me preguntó.

Le dije mi nombre, le conté el plan y nos volvimos a abrazar como al principio. En el camino de regreso a casa nos la pasamos de lo mejor hablando mal de la gente, burlándonos de los solos, contando chistes, hablando de fútbol... Me esperé en la sala de la casa mientras yo sacaba plata, luego preparé dos sánduches y salimos de nuevo. Compramos el trago, nos sentamos en un parque, hasta el amanecer, a beber y conversar.

Entre guaro y guaro le dije que en esta vida andar sin amigos es muy braco. Que antes los muchachos y yo hacíamos todo juntos, éramos inseparables, pero que con el tiempo nos fuimos

dejando, traicionando, evitando, yéndonos de distintas maneras. Le confesé que desde la echada me sentaba en los parques solo, iba a fiestas solo, a cine, a los conciertos de Los Perros Mojados solo, al Centro a ver gente, a discotecas, a bares y pedía una botella y dos o tres copas... Que hablaba y brindaba conmigo, que me daba ánimos, me elogiaba, me hacía reír, que en ocasiones me coquetiaba, me burlaba, me ponía zancadillas y me empujaba para que dejara de charlar pesado conmigo, que me daba consejos, palmaditas en la espalda... Jeringa, llorando de la rasca, conmovido con mi relato, me dijo que sí, que los amigos no existen, que cuando medio se asoma uno siempre conspira algo para que la cague.

—Me voy ya, estoy que me vomito —dijo, mirando el azul culposo del cielo.

—Pues cómo, Jerin, no te podés ir así todo borracho, te atracan —le dije, y puse su brazo en mi hombro para cargarlo—. Venga amanezca en la casa.

Hasta ahí todo iba bien. Nos veíamos los sábados, nos emborrachábamos, hablábamos de todo, él amanecía en la casa, mamá al otro día nos llevaba los Alka-Seltzer, el desayuno y el almuerzo a la pieza, nos hidrataba durante todo el día. En la noche, luego de ver los partidos por televisión, Jeringa se iba para su casa.

Con los días nos hicimos inseparables, íntimos, los mejores amigos del mundo. Íbamos juntos al Parque Bolívar a chupar paleta, a ver artistas, ladrones correr, a los recitales de poesía a dormir, al estadio a ver perder al Medellín, a cine, a teatro, a caminar por el Centro, al Parque del Periodista a disfrutar de la envidia de los muchachos que cada vez estaban más solos. Parecían tirados por ahí. Pero las cosas entre los dos no podían durar, no hay excepción a la regla.

Cuando fuimos donde las mujeres esas empecé a sospechar de Jeringa. Primero, antes de entrar, le conté que los muchachos y yo cuando teníamos plata íbamos a ver mujeres empetolota, que les poníamos billetes en las tangas, entre las nalgas, que se nos sentaban en las piernas, que se dejaban tocar hasta el alma. Le conté que Fernandito se envió a ellas y que ahorra la plata de los pasajes y la merienda que le daban los papás para la universidad y que se iba solo todos los fines de semana para allá, que nos cambió a sus amigos por ellas. Luego le dije a Jeringa que lo invitaba, que yo le pagaba el rato, que escogiera la que más le gustara del catálogo. Yo me enamoré de una pelinegra blanquita y me la llevé para la pieza, pero él no quiso, se negó a entrar y me esperó en la recepción.

Cuando salí me puse a detallarlo y caí en la cuenta de que la mayoría de las veces Jeringa vestía la camiseta rosada y le sentí, por primera vez, la voz afeminada, mimada. Cuando lo conocí lo había visto descuidado, como todo un hombre, pero desde que andaba conmigo se había motilado, afeitado, comprado ropa, se echaba loción, se miraba recurrentemente en el espejo... No salía de mi casa y eso me parecía sospechoso. Cuando llegaba del trabajo él estaba ahí, esperándome y hablando con mamá. Ella siempre se la llevó muy bien con mis amigos, pero con Jeringa se la llevaba de lo mejor. En la semana, todos los días, nos poníamos a jugar videojuegos en mi pieza y, desde mis sospechas, me pareció que me miraba mucho, que me preguntaba de todo. Mamá no faltaba con el mecato. Se quedaba mirándonos jugar y Jeringa se portaba muy amable con ella, como si fuera la suegra, intentando ganársela. Hablaban de ropa, de peinados, de olores, de viajes, de la separación de papá, del futuro, de maquillaje, de telenovelas, de moralismos, de libertad, de maricadas, mientras yo masacraba gente, pajaritos, tiraba bombas, mataba al dragón y rescataba a la reina. A los pocos días pasó lo que pasó. Por eso digo que a la vida no le gusta que uno tenga amigos.

El sábado nos emborrachamos en el Parque Obrero y no me aguanté. No sin pensarlo dos veces le pregunté que si yo le gustaba, que si era marica o qué, que si andaba conmigo por amistad o por algo más. Le dije que yo era todo un varón, que ojo, que mosca, que conmigo de lejitos los del otro equipo. Jeringa se puso rojo, agachó la cabeza, luego se levantó y fue a orinar en un árbol. Yo no podía de la piedra, de la decepción, de la tristeza y me preguntaba por qué a Jeringa que era tan buena gente, mi mejor amigo, le tenían que gustar los hombres y precisamente yo. Que le gustaran no era el problema, lo malo era que estuviera enamorado de mí, porque Jeringa solo me servía para amigo, para nada más. En un momento pensé en ir a abrazarlo y decirle que no me importaba su condición, que tranquilo, que siguiéramos de amigos pero que conmigo no, nunca, pero me pudieron la rabia, el desengaño, los prejuicios.

—¿Cuál es tu secreto conmigo, güevón? —le pregunté cuando llegó de orinar, esperando la respuesta para darle un puño—. Te camuflaste de amigo pero no nos más que una loca. Andate antes de que te dé en la cara, marica.

Se fue cabizbajo. Me acabé la botella solo, ahí sentado, pensando que la amistad está llena de intereses, siempre se desvía, no va por donde tiene que ir, es imperfecta, defectuosa, la cagada. Antes de irme a dormir estallé la botella en el piso.

Al otro día me llené de ira cuando leí la carta de Jeringa y me enteré de que en la noche, antes de que yo llegara, se había robado lo que yo más quería, que me había utilizado para su fin. ¿Cómo no lo había sospechado si todo era tan claro? La carta terminaba diciendo que lo había hecho sin querer queriendo, que así es el amor, que estaban hechos el uno para el otro... Terminé de leerla llorando, decepcionado. Luego quebré todo lo que se me interpuso en el camino, corrí como loco por la casa, sintiéndome huérfano, maldiciéndolo y a mamá también. ©

MUSEO D ANTIOQUIA



zonasgrises

matices de la urbe en la era global



Del 9 de noviembre de 2016 al 22 de enero de 2017

www.museodeantioquia.co



Clases Personalizadas de Inglés y Español

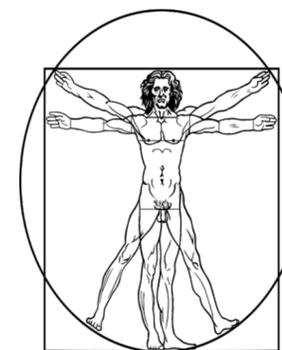
PERSONALISED SPANISH & ENGLISH CLASSES

Traducciones del Inglés al Español y del Español al Inglés.
Translations from English to Spanish and from Spanish to English.
Visitas guiadas en Medellín y sus alrededores.
Guided tours in Medellín and its surrounding towns.

Luz Piedad González

321.888.2506 • luzpgonzalez@gmail.com

Profesora Licenciada UPB



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vaguelo@hotmail.com

El rebelde obediente

por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustración: Camila López

Vicio, lo que se llama vicio, en el sentido de la décima definición que ofrece el diccionario de la RAE: “Mala costumbre que adquiere a veces un animal”, solo he tenido uno: el más sutil, el peor de todos, el verdadero, el que convierte en vicio cualquier actividad que uno ejecute, sea tomarse un trago o quedarse en la oficina después del horario: el modo de pensar vicioso, una mezcla de moral católica, autoritarismo, culpa y dicotomías malo-bueno, pecado-virtud. Una corriente mental con lente distorsionada que a fuerza de imponerle un sentido unívoco e interesado a las cosas termina convirtiendo los placeres en desgracia y haciéndote decir como dicen que decía San Pablo: “Veo lo que debo hacer y hago lo que no quiero”.

La otra vez, por ejemplo, llevaba una semana tomando aguardientico desde por la mañana y metiéndome los pasecitos a partir del mediodía y dándome unos plones cada tanto. Una cosa tranquila, sin excesos ni vicios, como he visto que hacen algunos miembros de las familias más respetables. Hasta que me dio por parar. Qué problema. El purgatorio en carne y hueso. La angustia y el sufrimiento propiamente dichos. La pregunta metódica en tan urgente trance fue: ¿Si lo que me está haciendo daño es parar, por qué tengo que parar si no quiero parar? No me respondí que porque estaba destruyendo mi vida ni que si no paraba ahora después iba a ser peor. Ni ninguna de esas cosas.

—Tenés que parar porque no tenés plata y ya no te fían en ninguna tienda.

—Ahh ya —asentí lentamente, sin querer darle credibilidad al dato.

Cuando por fin asimilé la realidad, el sufrimiento aumentó hasta convertirse en desazón suprema, en pavor sin límites, en la materialización de esos versos de Ciro Mendía:

No tengo perro ni gato,
La tormenta se avecina,
La soledad me asesina,
Veo en mi lecho alacranes
Veo en el baño caimanes
Y un pistolero en la esquina.

Ante la falta de presencia de ánimos que me permitieran por lo menos intentar un suicidio opté por darle la cara a la situación. Me puse a verle la forma a ese sufrimiento y a mirar de qué cosas estaba hecho. Por un lado, de algo físico, del cuerpo pidiendo los estímulos a los que le tenía acostumbrado. Pero en ese dolor y carencia material no radicaba mi infierno.

Por otro lado estaba la inminencia del regreso a un mundo implacable, despótico y ajeno, al que siempre tenía que volver, en el que debía trabajar como un burro haciendo videos institucionales para tratar de llevar una vida medianamente digna y pagar las deudas en las tiendas a las que dejaba de ir por meses cuando, reinsertado a la vida civil, desintoxicado y hasta optimista, dedicaba mi existencia a realizar otro producto audiovisual que después de trasnochos y extensas jornadas era visto en la sala de edición por una muchachita petulante recién enganchada en la oficina de comunicaciones de alguna empresa importante, que emitía su concepto mientras cuadraba por celular un viaje a Miami con el novio: “Quedó divino, solo tengo cuatro o cinco cambiecitos que son una bobada”. Entonces pensaba: “Yo sí fui güevón, no haberme disfrutado bastante esos últimos días de la última parranda si de todas maneras iba a parar”, y le decía a la muchachita: “Listo, está bien”. Y salía a fumar un cigarrillo y seguía derecho hacía el ascensor, llegaba a la calle y cogía la buseta de Rosellón que me dejaba cerca de la tienda donde pedía una cerveza bien helada y otra y un guarito y media de ron y así seguía durante dos, tres, cuatro, siete días desde por las mañanas, sentado en la mesa de afuera de la tienda, con ojos chispeantes y burlesones viendo pasar a la gente apresurada para las oficinas y fábricas, oyendo los mensajes en

el celular: Te están buscando para hacer las correcciones, mirando desde arriba a ese mundo inapalable que se desgañaba gritando actividad mientras yo flotaba en la sustancia vibrante de mi tiempo mío así lo estuviera dilapidando; ese mundo al que, cuando se acababan la plata y los fiados y los ánimos, tenía que volver para rendir cuentas: Tuve un problema, gracias por volver a confiar en mí y permitirme retomar agradecido este trabajo donde seguiré dando lo mejor, con el sueño inalterable de que algún día llegaré a tener tiempo propio y la vida que creo que merezco tener, y que de entraba sabía que nunca iba a poder tener en ese mundo, por más juicioso que me volviera, como no lo habían conseguido ninguno de los juiciosos que me miraban con desprecio cuando volvía apaleado al redil.

Es un precio muy alto el que tiene que pagar un obrero de las comunicaciones para poder vivir durante unos pocos días al año como lo hacen las estrellas de rock (y algunos hijos de los dueños de las empresas de comunicaciones) toda la vida sin ningún problema. Pero algo es algo.

Seguí desmembrando el sufrimiento producido por la parranda de la parranda y encontré una capa, delgada y casi invisible, que envolvía toda la emoción dándole forma y sabor y creando una atmósfera espiritual que me contenía: la culpa. ¿Por qué? Si no había matado, si no había robado, si no había explotado a nadie, si no le había quedado mal con el cheque del pago a nadie, si incluso había oxigenado la dinámica laboral obligando a la empresa a conseguirme un reemplazo. Me sentía como si en vez de haber abandonado un tren vacío que se dirigía a ninguna parte hubiera descarrilado el expreso que llevaba a la humanidad por los caminos del bien y la salvación. Y entre más evidente se hacía el absurdo de ese sentimiento más era regido por su fuerza, instalada mucho antes de la razón: en la base del modo de ser vicioso.

Salí a dar una vuelta para buscar un poco de aire y en una de las calles del barrio Mesa, sentado en una acera, encontré a mi viejo amigo Juan Gringo. Lo vi mal y me sentí mejor con solo creer que estaba peor que yo. Lo saludé y me invitó a sentarme a su lado. Yo siempre quise ser tan bonito como era Juan Gringo antes de que cogiera el bazuco. Mono, alto, desgarrado,

VICIO, EL

(Del in. *The vice*.)

Bufón obromista que aparecía, como personaje, en el interludio del drama moral inglés del siglo XVI, representando alguno de los vicios. Solía aparecer subido en la espalda del diablo con un palo o un cuchillo. Está relacionado con el Arlequin de la comedia del arte.

Diccionario de uso del español de María Moliner



pelo largo, ojos azules, líneas precisas definiendo unos rasgos duros de caballo pura sangre. Un Corazón de Jesús. Ahora no estaba así sino como la foto de “Después”, en los afiches para prevenir la drogadicción.

—Qué cosas ¿no? —dijo cuando me vio la cara, mientras raspaba la calle con la punta de un palo—. Se pasa uno la mitad de la vida cogiendo vicios y la otra mitad tratando de dejarlos.

Pero en ese momento Juan ya no trataba de dejarlo. Ya había estado en centros de rehabilitación; ya la familia lo había abandonado cansada de miles de intentos; ya no tenía casa ni ganas de conseguirse una, y vivía en cambuches que iba cambiando de sitio; ya no se lamentaba de haberse soplado el taller de carpintería y trabajos en acrílico, donde me invitaba a tomar whisky cuando empezamos a conocernos, y en donde fabricaba los muebles y las esculturas en acrílico más bonitos y costosos y más exitosos que se hayan hecho en Envigado nunca jamás; ya se había entregado en cuerpo y alma a los diablitos que tenía que fumarse desde que se levantaba hasta que se acostaba.

La extraña mansedumbre con la que hablaba de su desgracia (la palabra es mía, él nunca la usó ni parecía sentirla) mientras miraba concentrado la formas invisibles que hacía con el palo en el cemento, apaciguó mi purgatorio.

—Yo no puedo empezar el día sin un diablito. Mi única preocupación cuando me despierto en la mañana es poder conseguirlo. No hay desayuno, no hay baño, no hay nada de nada, hasta que no pueda fumar-me el primero —me dijo con una sonrisa tranquila.

Hablaba con una aceptación reposada, sin énfasis ni dramas, exponiendo datos objetivos, consecuencias de causas que conocía y asumía. Y esa soberanía suya, arrebatada al mundo del trabajo y la productividad para ser entregada, sin pasar por ventanilla y sin ninguna queja, a un déspota todavía peor, pero de alguna manera escogido por él mismo, le daban no sé qué de dignidad, y, si se quiere, de saludable a su presencia enferma. Había una cosa auténtica en su mirada y algo de liviano en su pesadez; una ausencia de culpas, miedos y resentimientos, como si hubiera trascendido el modo de ser vicioso llevándolo a su última expresión: entregándose de lleno a un vicio hasta disolver el sentido de esa palabra. Hablamos como dos horas y nos despedimos sin que me pidiera plata.

Por esos tiempos me hice amigo de El Maestro de La Floresta, un hombre de setenta años, viejo lobo de los mares del arte y la vida, nacido y criado en otras latitudes no tan enfermas como la nuestra o en todo caso con otras enfermedades, para quien lo que la gente llama vicios eran homenajes a la existencia, aparejos del ritual sagrado de la amistad, posibilidades de enriquecimiento de la personalidad, pero nunca instrumentos para anularla. Una reivindicación de la libertad, por encima del prejuicio o los intereses del poder. Al Maestro de La Floresta le gustaban casi todos y los disfrutaba con fruición de niño y distancia de sabio. Cuando tomaba aguardiente lo hacía a sorbitos, saboreando con calma, mientras desplegaba su conversación extensa y agradable; se metía sus pases pausados cuando se daba la ocasión,

pero si la ocasión no se daba ni se acordaba de los pases; se daba sus plones mientras discurría sobre una coyuntura política o una teoría narrativa, pero nunca fumaba para escribir la primera versión de un texto ni para realizar tareas que implicaran cierto rigor de concentración. Me acuerdo, incluso, de una noche en la que estábamos todos los amigos en la buhardilla de siempre, jugando Scrabble y fumando bazuco; cerca de las doce El Maestro miró el reloj, le dio la última pitada al coso que rotaba y dijo mientras se ponía de pie: “Bueno, jóvenes, tengo que hacer cosas mañana, los dejo, feliz noche”. Y se fue a dormir como si hubiera estado tomando aromática con galletitas, mientras nosotros seguíamos arañados y empalabrados en los brazos del demonio del chirris. El Maestro de La Floresta es el tipo más sano que yo he conocido. Mucho más que la mayoría de gente que conozco que no mete ni consume nada.

Después de entablar relación con el viejo pasé todavía un tiempo más engrupido en la trampa mental (que concebía como producto de mi tendencia al consumo excesivo de las cosas, como si el consumo excesivo no fuera más bien un derivado de la trampa). Y el proceso de mi rebeldía, que imaginé como la evolución espiritual del camello que suelta sus fardos para convertirse en león y finalmente se transforma en niño, había mudado en un ciclo sin fin que reiniciaba después de que el niño, acosado por deudas y exigencias del mundo, volvía a ser un camello arrepentido cargando en sus jorobas bultos cada vez más pesados.

Un día las cosas empezaron a cambiar. Un proceso largo de trasteo y remoción del amoblado mental, que no es del caso contar ahora pero en el que tuvieron que ver, sin saberlo, Juan Gringo y El Maestro de La Floresta. Empecé por enfrentar la dicotomía trabajo-parranda, a través de la eliminación de uno de sus componentes: dejé el trabajo. O por lo menos el que realizaba. Cosa de entrada muy difícil ya que una de las columnas del pensar vicioso es el “miedo a perder el trabajito”. Aterrorizado pero optimista dediqué el tiempo recuperado a lo que sabía que quería mi persona pero que nunca me atreví a tomar en serio: escribir. (Más que al acto de escribir, me refiero a un modo de vida que gira en torno a la posibilidad de hacer eso). A medida que iba escribiendo mis cosas sin afán ni pretensiones empecé a sentirme montado en un tren que por fin me correspondía, sin destino fijo, pero lleno de sentidos. Traté de que esa actividad fuera también mi manera de ganarme la vida, escribiendo cosas por encargo. Asunto complicado porque el modo de pensar vicioso no le da mucho valor al hecho de juntar palabras si detrás no hay una ganancia factible. Pero, aparte de la economía, todo empezó a mejorar dentro de mí.

Han pasado varios años desde eso. En estos días andaba en una de las parrandas que me pego ahora, de solo dos diñas, con cerveza, música en Youtube y uno que otro bareto. Cuando decidí parar. Quería levantarme despejado al día siguiente para seguir escribiendo la historia en la que he estado trabajando todo este año. Nada de conflicto. Solo el cuerpo pidiendo más alcohol. Pero era una vocecita de niño malcriado al lado de esa voz contenta y llena de vida que me iba dictando la trama de la historia. ☺



Juan Malo

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Ilustración: Cachorro

I told you

No sé por qué me remiten el boletín de noticias del Cefa, acaso porque seis de cada diez mujeres con las que he copulado son egresadas de dicho colegio. Tal vez por ese sentimiento de culpa no lo he etiquetado como spam y eventualmente lo leo. Así, en el número más reciente, me llevé una sorpresa agri dulce: la muerte del profesor más odiado de la historia de la Universidad Nacional sede Medellín, el popular Juan Malo. La necrología no está firmada, pero se ve que el autor anónimo conoció bien al difunto, a lo mejor fueron colegas. Según el presunto colega, Juan Malo recaló en el Cefa en medio de un paro interminable en la Universidad de Antioquia, donde estudiaba Matemáticas, no sin antes hacer una escala de un año en el Éxito, como vendedor de mostrador. Allí, en las vitrinas del supermercado de la tiranía amarilla, Juan Malo aprendió los rudimentos de su pedagogía impar, esto es, los peores trucos del servicio al cliente. Los aplicó por dos años en el Cefa, y de ahí pasó a la Nacional. Se desconoce cómo dio ese salto a la educación superior, es uno de los grandes misterios de la burocracia docente, sobre todo porque Juan Malo seguía sin graduarse, la U. de A. continuaba en paro. La leyenda urbana dice que nunca se graduó, y una prueba mayor la confirma, no hay registros de su tesis de grado en ninguna biblioteca. Sea lo que fuere, Juan Malo se encarriló por el camino de las vacas sagradas: llegar a ser profesor asociado en el menor tiempo posible, para luego echarse en las petacas, hasta la jubilación. Lo logró en ocho años, tras los cuales se dedicó a perfeccionar su rol de malo, de profesor en contra de aquella máxima de las *Analectas* de Confucio, consignada en la sección consejos varios: "El que exige mucho de sí mismo y poco de los demás, estará libre de odio". Juan Malo era tan odiado que, como escribió el autor anónimo, el presunto colega, en treinta años de carrera en la Nacional solo un estudiante votó por él para el premio a la excelencia docente. La votación la hacen los estudiantes a punto de egresar, como requisito de grado, a través de un formulario estándar. Recuerdo bien la fecha y el lugar en que llené ese formulario, el 3 de diciembre de 2002, un martes, en los bajos del bloque 21, más allá de un estencil de Marx con un mensaje en inglés: *I told you*. Y sí, yo fui el idiota que votó por Juan Malo.

El bueno, el malo y el feo

La noche que me enteré del fallecimiento de Juan Malo no dormí, alimenté mi insomnio crónico tratando de reconstruir la época en que fui su alumno, pero no pude hilar delgado. Para hacerlo, tenía que abrir las carpetas de mi paso por la Nacional. La necesidad era tan irrefrenable que visité a mi mamá después de mucho tiempo. Resumí mi lapso de ausencia a

través de los lunares que le han cambiado de color y de las biopsias que le han practicado. Agregó que mis cosas estaban en el clóset, junto al árbol de Navidad. El polvo acumulado me remitió a los primeros semestres que estudié en la Nacional, por entonces una suerte de universo posapocalíptico, reducto de dos grandes construcciones: el Punto Cero, equilibrio inestable de Medellín, y la nueva biblioteca. Era obligatorio usar tapabocas, la misma universidad los proporcionaba. También había pasado a Medicina en la U. de A., pero opté por lo más sencillo, estudiar Economía en aquella nube de polvo. Abrí la carpeta de Cálculo I. Materia que tuve que matricular con Juan Malo, forzado por el sistema de registros, que funcionaba por meritocracia, y como yo ya la había perdido dos veces, me asignó un profesor por definir, y por definir era sinónimo de Juan Malo. Él era el encargado del trabajo sucio, de hacerle la vida imposible a los que veían por tercera vez Cálculo I, en sus manos estaba la continuidad o la expulsión de los estudiantes doblemente repitentes. Saqué el programa de aquella materia, y recordé la primera clase: como si fuera una reunión de aritmofóbicos anónimos, Juan Malo nos pidió que nos presentáramos y que expusiéramos los motivos por los que habíamos perdido Cálculo I en dos ocasiones. Cuando llegó mi turno, no supe qué decir, simplemente puse cara de póquer. Como sufro de *flushing*, me enrojecí poco a poco, peor que una escalera de diamantes. Posteriormente, encontré el primer parcial. Iba desde inecuaciones hasta máximos y mínimos, pasando por límites, regla de la cadena y circunferencias. Saqué dos con seis. Sin embargo, lo debí haber ganado. Juan Malo me puso cero en el ejercicio de máximos y mínimos, que valía cuarenta por ciento, sabiendo que había encontrado la clave del problema y que apenas me equivoqué en la parte operativa. Al lado del cero escribió una frase: "No es una broma, es una sogá". Ya que mis mejores interpretaciones excedieron el contexto, busqué la frase en Google. Es una línea de *El bueno, el malo y el feo*, se la dice el bueno al feo una secuencia después de asesinar al malo. Es tan curiosa que su sentido sobrevive el golpe de la traducción sin perder la música. Al pasar de "It's not a joke, it's a rope" a "No es una broma, es una sogá", lo único que cambia es la rima, de consonante a asonante. Luego, a lo mejor lo que quiso decirme Juan Malo es que pidiera segundo calificador.

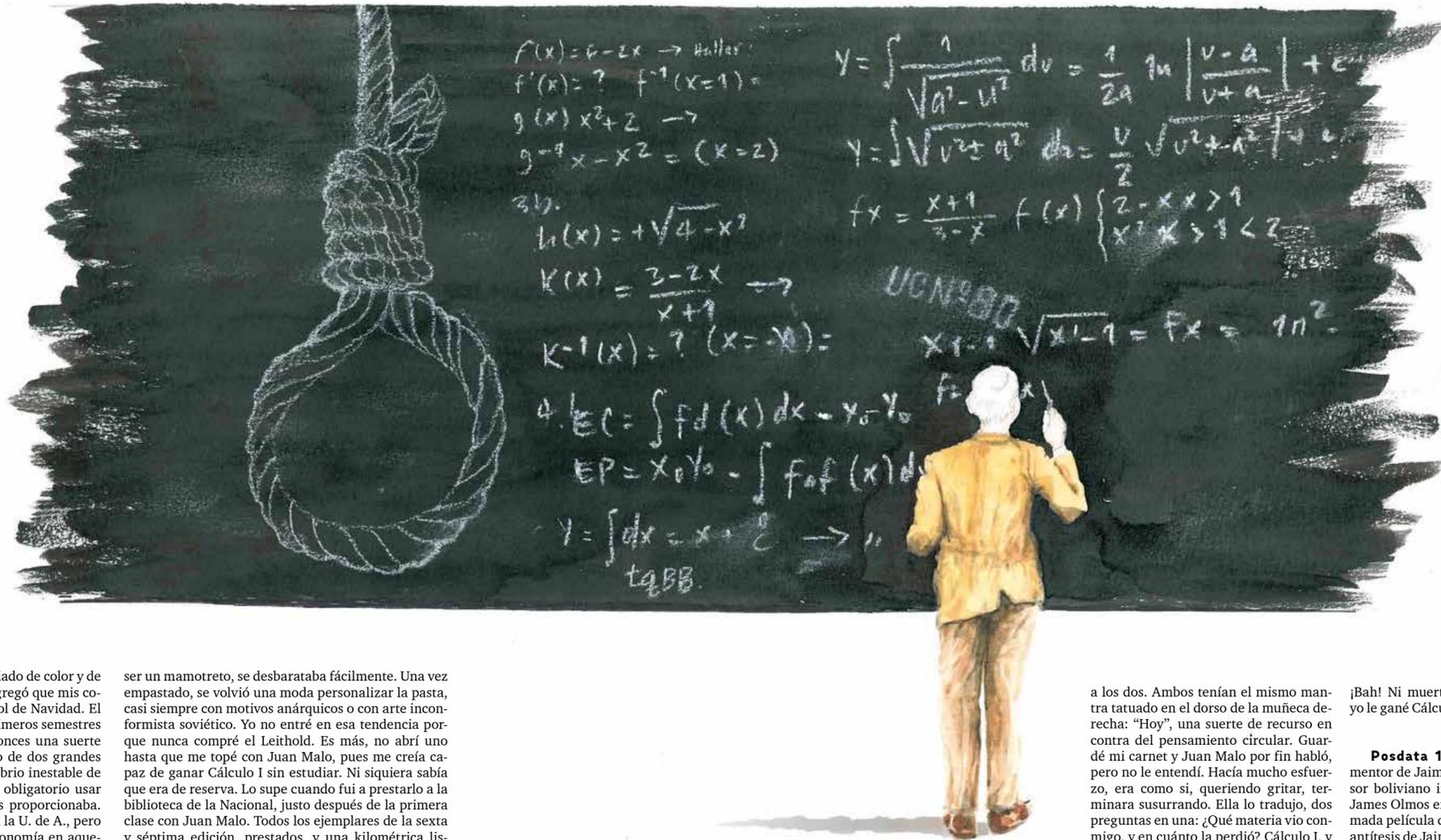
Los 6850

El secreto para ganarle Cálculo I a Juan Malo, fue un libro viejo, en desuso. Por entonces el texto guía de esa materia era la séptima edición de *El cálculo con geometría analítica*, mejor conocido como el Leithold, por el apellido del autor. Al Leithold había que rendirle culto por lo menos tres semestres, durante Cálculo I, II y III. La gente lo cargaba a todas partes, como si fuera un discman. Quizás por esa itinerancia y por

ser un mamotreto, se desbarataba fácilmente. Una vez empastado, se volvió una moda personalizar la pasta, casi siempre con motivos anárquicos o con arte inconformista soviético. Yo no entré en esa tendencia porque nunca compré el Leithold. Es más, no abrí uno hasta que me topé con Juan Malo, pues me creía capaz de ganar Cálculo I sin estudiar. Ni siquiera sabía que era de reserva. Lo supe cuando fui a prestarlo a la biblioteca de la Nacional, justo después de la primera clase con Juan Malo. Todos los ejemplares de la sexta y séptima edición, prestados, y una kilométrica lista de espera por delante, de varios días. Afortunadamente, el responsable de los préstamos, Luis Fernando Cuartas, un poeta neonadaísta que todas las vacaciones realiza la travesía de Fernando González en *Viaje a pie*, se apiadó de mí. Me preguntó con quién había matriculado Cálculo I. Le respondí y él replicó que me olvidara de la sexta y séptima edición, y en su lugar llevara un Leithold de la segunda. Trajo uno del estante. Y luego tuvo el insólito gesto de cortesía de cambiarle la etiqueta de reserva por la de circulación general. Más allá de sus páginas amarillentas, para ser de 1973, estaba intacto. Me sorprendió la portada, de las mejores que he visto: en negro sobre rojo, una lámpara de escritorio encendida, estilo *art déco*. Años más tarde, en 2005, en el largo obituario que le dedicó *Los Angeles Times* a Louis Leithold, descubrí que fue en la única que le consultaron el diseño, y que estaba inspirada en su colección de afiches de películas antiguas, la más grande de la costa pacífica estadounidense, en su gran mayoría *art déco*. Colección que quedaba a la deriva, sin herederos directos. El libro era una donación hecha en 1986, el nombre del donante estaba en la primera página. En la introducción, decía que ningún otro texto de matemáticas le ofrecía tantos ejercicios por resolver a los estudiantes. Aunque la cifra me abrumó, prometí que si le ganaba Cálculo I a Juan Malo lo resolvería todos. Y así fue. 6850 ejercicios, desarrollados en más de quince mil hojas tamaño carta. Entre ellos, perdidos, como impulsados por un generador de caracteres, escribí algunos poemas cortos, cuyo hilo conductor era la soledad. En 2007 los reuní y se los envié a Luis Fernando Cuartas. Me invitó a leerlos en Taller de Luna, su programa semanal en UN Radio. Nunca le respondí...

"Hoy"

La última vez que vi a Juan Malo fue en 2015. Yo estaba en un café del Parque de los Deseos, acababa de presentar una ponencia en un congreso de literatura hispanoamericana, en el edificio de Extensión. La titulé "Pablo Montoya: más anacronismos en sus novelas históricas que *fucks* en *Pulp Fiction*". Me fue mal, los asistentes no conocían la obra de Pablo. Tan mal, que me alegré cuando apareció Juan Malo. Venía en compañía de una mujer joven, una de esas que compra ropa *vintage*, usada, y la actualiza por



contraste, calzándose unos Adidas Superstar o Stan Smith nuevos. ¿Será su enfermera personal? Lo pensé al verlo tan consumido, además tenía un vendaje en el cuello. Se sentaron dos mesas más allá. Ella ordenó por los dos, para Juan Malo un americano y para ella un capuchino. Yo había pedido un expreso. No sé por qué me dieron ganas de hablarle, si solo lo había hecho una vez, cuando me sacó al tablero para demostrar la derivada de un cociente. No bien la terminé, Juan Malo pallidó, la borró, dijo que mi letra era ilegible, y yo repliqué que no hay tableros para zurdos. Cinco palabras en un semestre. Quizás lo que me motivó fue esa cifra,

yo creo ciegamente en los números primos. Entonces clausuré mi monólogo interior y caminé hacia él: "Hola Juan, yo fui alumno suyo". Seis palabras, ya era un paso adelante. Juan Malo pallidó. En cierta ocasión dijo en clase que no había nada más peligroso que un exalumno, generalizando el caso de uno que le lanzó una botella en pleno Carlos E. Restrepo. Antes de que Juan Malo abriera la boca, la mujer metió la cucharada. Dijo que yo me veía muy joven para haber sido alumno de su papá, jubilado en 2001. Yo le iba a responder que era gracias a mi vegetarianismo estricto, pero mejor saqué mi carnet de egresado de la Nacional y se lo mostré

a los dos. Ambos tenían el mismo mantra tatuado en el dorso de la muñeca derecha: "Hoy", una suerte de recurso en contra del pensamiento circular. Guardé mi carnet y Juan Malo por fin habló, pero no le entendí. Hacía mucho esfuerzo, era como si, queriendo gritar, terminara susurrando. Ella lo tradujo, dos preguntas en una: ¿Qué materia vio conmigo, y en cuánto la perdió? Cálculo I, y no la perdí. Juan Malo susurró que nadie le ganó Cálculo I en los últimos doce años de su carrera docente. Ante la contrariedad de posiciones, su hija tuvo la gentileza de invitarme a tomar asiento. Yo agregué que fue en el primer semestre de 1998. El musitó que nadie le ganó Cálculo I en los años mundialistas, de mundial de fútbol. A mí me causó mucha gracia esa estadística, reí y le contagié la risa a la hija de Juan Malo. La risa cortó la tensión y tuve un momento de claridad: pensé que el antagonista de la mayor hazaña de mi vida se estaba muriendo, a lo mejor de enfisema pulmonar o de cáncer de garganta. Seguramente venía de la Clínica León XIII, donde un tanatólogo experimentado lo estaría ayudando a aceptar su pronta muerte.

¡Bah! Ni muerto hubiera aceptado que yo le gané Cálculo I.

Posdata 1: Louis Leithold fue el mentor de Jaime Escalante, aquel profesor boliviano interpretado por Edward James Olmos en *Stand and Deliver*, aclamada película de 1988. Juan Malo era la antítesis de Jaime Escalante.

Posdata 2: En 2011, investigando la historia del activismo estudiantil en la U. de A., encontré el nombre del donante de posiciones, su hija tuvo la gentileza de invitarme a tomar asiento. Yo agregué que fue en el primer semestre de 1998. El musitó que nadie le ganó Cálculo I en los años mundialistas, de mundial de fútbol. A mí me causó mucha gracia esa estadística, reí y le contagié la risa a la hija de Juan Malo. La risa cortó la tensión y tuve un momento de claridad: pensé que el antagonista de la mayor hazaña de mi vida se estaba muriendo, a lo mejor de enfisema pulmonar o de cáncer de garganta. Seguramente venía de la Clínica León XIII, donde un tanatólogo experimentado lo estaría ayudando a aceptar su pronta muerte.

Posdata 3: En 2004, después de treinta años, el Leithold dejó de ser el texto guía para afrontar los tres Cálculos en la Nacional. Fue reemplazado por el Stewart, el mismo de Eafit. ©

En el Parque de los Deseos existe un planeta (*Kaldi*) y es delicioso ...

Empanada Argentina Pascualinas

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

Kaldi Kaffee
solo a trigo y aroma de café

"El hombre se descubre cuando se mide con un obstáculo"

L'homme se découvre quand il se mesure avec l'obstacle.

Antoine de Saint-Exupéry
Escritor y aviador francés
(1900-1944)

¡Descubre, aprende y disfruta en francés!
Découvrez, apprenez et amusez-vous en français

Síguenos
f e

444 2620
medellin.allianzafrancesa.org.co

af Alliance Française
Medellín

El enigma de Ludins Arango

por EDUARDO ESCOBAR

Cuando me llegó por correo electrónico el mensaje de Félix Ángel Vallejo sobre el descubrimiento de Sylvia Ludins quedé helado. Lo primero que se me ocurrió fue pensar en las tristezas de la simulación, y en la amarga, negra fatalidad que significa que todos los farsantes deban ser descubiertos a la larga, porque, como solían predicar las buenas señoras antioqueñas como mi madre, primero cae el mentiroso que el cojo.

Qué vergüenza, me dije, esforzarse tanto por parecer otro; qué pena gastar el propio tiempo de la vida en mimar un personaje ajeno y cosechar honores en nombre de una máscara, un reflejo, una sombra. ¿En qué iban a quedar el prestigio creador de la raza antioqueña y la imagen libérrima de la pintora que se había convertido en un personaje de culto en su provincia? El mito de la franqueza se me bajó a los pies, convertido en nada. Vieja ladrona, protesté. Y dudé, a continuación, llevado por el amor de la patria chica que parece irremediable: ¿o la plagiaría será la gringa, la judía de Nueva York, la hija de emigrados?

Aprovecho para confesar, por si le importara a alguien, que jamás fui devoto de la pintura de esa señora particular llamada Débora Arango. Por prejuicios, tal vez. Porque no me gustan los pintores feistas dados al grotesco latinoamericano nacido quizás de los muralistas de México. Y porque me ofenden en las acuarelas la rigidez,

las atmósferas de densidades podridas que son el sello de fábrica de la ya señorita Arango Pérez: la acuarela, así me pareció hasta hoy, debe ser el elogio humilde de la transparencia, y está obligada a resaltar la fluidez del agua limpia, viva, nítida. Para lo otro existen el óleo crudo, el acrílico, las guachas o el ramplón vinilo.

Las acuarelas de Débora Arango, tan próximas a veces a los vómitos, jamás me convencieron, y por alguna razón, aunque lo intenté muchas veces, nunca conseguí asimilarlas a un infierno danésico al estilo paisa para justificarlas, con tanto cura gesticulante con el bonete torcido y tanta prostituta desvergonzada y tantos policías convertidos en gorilas y tantos políticos álgidos y tantos borrachos enarbolando puñales y tantos locos pintados en pleno delirio y tantas monjas contemplando un pájaro alegórico. Pero en fin, supe admirar detrás del artificio a la persona, a la mujer tan extraña en aquella ciudad puritana, que fue capaz de señalar con desvergonzada sinceridad las miserias de esta pobre nación, y que se atrevió a desnudar a sus amigas, y las infelicidades del poder.

Todas las provincias colombianas tienen su idiosincrasia. Y un catálogo de chistes miserables que las caricaturizan. La antioqueña tiene mala fama de rezandera y pragmática, de mantener magníficas relaciones con las potencias del cielo y con las del infierno en perfecto equilibrio, en perfecta armonía maquiavélica; y goza del prestigio

duoso de haberse visto sometida desde la Colonia por el poder pernicioso de los obispos y sus aspiraciones a las virtudes heroicas, que suelen conducir a la hipocresía y permiten, por ejemplo, tener un templo dedicado a una Virgen de los sicarios donde asesinos de la comarca van a purificar las balas, babeando avemarías para hacerlas más implacables. Pero a veces también la obligación a la mansedumbre y la carga de las presiones conduce a la rebelión: y contra la tiranía de una moral inhumana, la de los sepulcros blanqueados, allá en Antioquia surgieron a sus horas el Indio Uribe, muerto en el exilio ecuatoriano, y Fernando González, el brujo autoexilado en Otraparte, y los nadaístas, y Fernando Vallejo, y Débora Arango.

Pero el problema ahora no es ese, sino el de las semejanzas incomprensibles entre las obras de dos mujeres contemporáneas que se reflejan sin razón aparente. Al principio, después de leer el artículo de Félix Ángel en *El Mundo*, me dije que era imposible que la Ludins norteamericana conociera a Débora Arango, una mujer ignorada incluso en Colombia, oculta en un anonimato, de santa en su casa llamada Casablanca. Y que era más probable que Débora Arango de una familia acomodada de la pequeña burguesía paisa, recibiera revistas de arte de los Estados Unidos, y se hubiera dedicado a pintar, o a copiar minuciosamente, para distraer los tiempos muertos en su ostracismo voluntario, los cuadros de una judía yanqui.



Salida de Laureano, Débora Arango, 1953.

Sus ataúdes téticamente geométricos y burdos, sus espectros sucios de contornos gruesos como si los hubiera pintado con carbón y no con aguas embebidas en pigmentos puros son idénticos en las dos. Y las composiciones en equis y las faunas que habitan sus cartones y los motivos miserables: la violencia, la muerte, el vicio. Aunque a veces la Ludins en vez del machete del borracho soliviantado de Débora pinte un fusil fabricado en una armería de Chicago.

Pero también pensé, dado como soy a la bondad, que en las similitudes entre las obras de Ludins y Arango, se encubriera una historia de amor de mujeres. Tal vez la castísima Débora tenía una íntima amiga en los Estados Unidos, con quien a veces se reunían en secreto a pintar las mismas cosas a cuatro piernas y cuatro manos y con las mismas brochas. Quizás se reunían de año en año, y de diciembre en diciembre, porque así son los amores entre mujeres: abnegados. En tiempos de Débora Arango en Antioquia uno podía pintar todas las cosas que le diera la gana, y escandalizar los salones de los artistas aficionados en los clubes para que trinara Laureano Gómez, pero no era posible que una mujer confesara su atracción por una norteamericana y sobre todo judía. Para eso se necesitaba un valor inhumano. Débora bien podía degradar la técnica de la acuarela insultando las nociones de la academia. Pero no tenía por qué suicidarse. Ni matar al obispo de Medellín de un infarto de susto. Como casi mata de la indignación a Francisco Franco cuando llevó sus marrachos a la España subyugada por los falsos santos del Opus Dei.

Después de mucho meditarlo, me pregunté, apelando a mi credulidad de metafísico, y renunciado a la dulce fábula sáfica, si era posible que dos mujeres en dos puntas extremas del mundo, sin conocerse, pintaran las mismas cosas. Y revisé las obras de las dos, las de Sylvia Ludins explorando en la red, y las de Débora en la página del Museo de Arte Moderno de Medellín. Y me asombró que un autorretrato de Débora Arango pudiera figurar en el catálogo de las pinturas de Sylvia Ludins, como una rareza esotérica relacionada con alguna clase de sutil fenómeno telepático, convertida en el retrato de una desconocida. Y si acaso esas dos mujeres desconocidas entre sí ensañaban los mismos sueños por las noches y se levantaban por las mañanas, sin maquillarse,

vestidas de cualquier manera frente a dos patios distintos y distantes, a rememorar esos sueños atroces con aguas parecidas, rudas, tiesas. Y traté de apoyarme en el *Hamlet* de Shakespeare que me enseñó hace años que hay más cosas bajo el cielo de las que sueña tu filosofía, Horacio.

Pero en últimas todas esas suposiciones eran imposibles de mantener. Porque mientras rebuscaba en la red me contaron otra fábula, a partir de un caballero llamado Justin Cronkite, quien, en busca de un aparador que había visto en una venta de cosas viejas en internet, encontró en ese mueble un montón de pinturas hechas por una mujer que había muerto en 1965, es decir, mucho antes de que Débora Arango fuera rescatada del anonimato por los críticos del arte colombiano para convertirla en la artista emblemática de la pintura paisa, al lado de Pedro Nel Gómez y Eladio Vélez.

Tanto me intrigó la noticia que me mandó Félix Ángel Vallejo, que después de imaginar liviandades de los montes de Lesbos, y relaciones de estirpe romántica entre dos mujeres que se doblaron y desdoblaron por sobre el tiempo en espacios distintos, acabé aventurando que detrás de mis reflexiones hipertrofiadas por el morbo erótico y por la insidia esotérica del cándido, solo había una farsa: la farsa de un marchante lector de Poe o de De Quincey, que una tarde, cuando va a comprar un escaparate en una venta de garaje, descubre en el cajón de la mesa de una cocina abandonada en una casa que se cae, no un gato momificado sino las pinturas abrumadoras llenas de polvo y cucarachas de Sylvia Ludins. Qué gran cuento. Como para abrir los bolsillos de los millonarios norteamericanos del esnobismo plástico.

Claro que le escribí al descubridor de Sylvia Ludins, y le hice conocer las pinturas de Débora Arango, pero solo me respondió lacónicamente, sin más: Esas pinturas no son de Débora Arango, son de Sylvia Ludins. Y yo le repliqué: Perdóneme que insista, pero es imposible. Pero él solo ripostó: Perdóneme usted a mí: mi español es malo. Y mi inglés es peor, pensé yo. De modo que hasta allí llegamos en nuestra crítica relación.

Entonces, todas mis nobles ensoñaciones cayeron en la sórdida certeza de que detrás de Ludins, la hija de emigrados judíos en Nueva York, está la invención de un comerciante de arte que tiene empleada, en alguna bodega de los Estados Unidos, una legión de artistas sin futuro por falta de talento, dedicados a duplicar, a partir de un almanaque encontrado en el metro, las pesadillas de Débora Arango que atribuye a una mujer llamada Sylvia Ludins. ¿Y si no es así? Pues si no es así, estamos no ante un delito sino enfrentados a un milagro.

Coda: En la historia, fuera del señor Cronkite, el comprador del escaparate, aparece un tal Jon Katz, el vendedor del mueble. Y un crítico de arte de noventa años llamado Peter Seltz, a quien Cronkite consultó, y que se mostró asombrado ante la obra de Sylvia Ludins, o seudodébora, a quien calificó además como una artista muy hábil. De Justin Cronkite, los archivos de la red solo dicen que es un director de cine y un perenne buscavidas. Aunque no figura en la Wikipedia. Como tampoco figuran Sylvia Ludins. Ni Peter Seltz. Y si alguien no figura en la wiki, tenemos derecho a suponer que nunca existió. Si hay un Jon Katz: un periodista aficionado a escribir sobre los fascinantes misterios que a veces niman las vidas de los perros de compañía, y novelas policíacas y artículos de prensa medio inventados sobre muchachos que bajan pornografía de la red desde una computadora en Afganistán. ©



Caído del ZARZO

Elkin Obregón S.

Un gran corruptor de mayores

Conoció a César Villegas en ese gran proyecto educativo que fue el Instituto de Estudios Generales de la Universidad de Antioquia, ubicado en la vieja casona del Tránsito Municipal. No sé qué estudiaba César, pero era un líder estudiantil, por supuesto de izquierda; eran los tiempos de Camilo, del teatro comprometido, de las revueltas estudiantiles (aunque no viene a cuento, confiesa este cronista que se libró de esas fiebres, sin duda por pereza mental). Le perdí la pista por un par de años y volví a verlo una noche en una finca de Rionegro. César era, no sé si lo sigue siendo, un histrión, y, como buen histrión, elocuentemente. Esa noche, sentado en el suelo de la sala, dueño y señor del auditorio, nos habló de su gira por Suramérica, y, armado de guitarra, cantó (muy bien, hay que decirlo) las canciones que había aprendido en sus recorridos sureños; temas que por entonces no eran nuevos, de Atahualpa Yupanqui, Violeta Parra, Horacio Guarani, Alfredo Zitarrosa. Todo adobado con digresiones mamertas que la música nos permitió soportar.

Pasado el tiempo, supe que había fundado en Bogotá, en asociación con Gustavo Bustamante, El Goce Pagano, un lugar de copas y de música frecuentado por intelectuales, estudiantes, artistas y músicos (Bustamante divulgaba allí sus *Papeles del goce*, libros de modesto tiraje pero de impecable contenido). En fin, aquella sociedad se disolvió, después hubo dos Goce, y luego ninguno. Ya la música de César, ahora convertido en Pagano, era otra, la que desde entonces ha sido su bandera: sones cubanos, guarachas, guajiras, boleros y la emergente salsa. Con sobra de méritos, Pagano se tornó uno de los grandes gurús colombianos de esos años. Viaja, lee, consulta, graba, adquiere tesoros insólitos, y nos regala todo esto en sus espacios radiales. Para el último de ellos, "Conversación en tiempo de bolero", acuñó un eslogan feliz: El bolero, ese gran corruptor de mayores. Y lo demuestra cada semana.

Hace unos años, Pagano dictó en la Biblioteca Piloto una conferencia sobre música caribeña, adobada con sus estupendas grabaciones. Antes de empezarla me crucé con él en un pasillo, hice un amago de saludo, pero pasó por mi lado sin mirarme siquiera. No lo atribuí a un desaire, sino a un lógico olvido. Lejos estaban ya los días del Instituto. La charla, claro está, fue un éxito.

CODA

Jairo Morales Henao es un creador de cultura, cuentista, novelista, ensayista, tallerista. Acaba de publicar el libro *José Restrepo Jaramillo y la renovación de la narrativa colombiana en el siglo XX*. Con él, gracias a una rigurosa investigación y un impecable oficio crítico, se propone reivindicar la obra de ese escritor antioqueño injustamente olvidado, autor de cuentos y novelas para mí admirables. Estupendo sería que el muy valioso trabajo de Jairo Morales propiciara la reedición de las obras de J.R.J. Ver para creer. No creo. ©



De la serie *Realismo social*, Sylvia Ludins, 1946.

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



por PAULA CAMILA O. LEMA

Fotografías por la autora

En el mapa de riesgo publicado por la Misión de Observación Electoral antes del plebiscito Valdivia es un punto rojo en uno de los departamentos con más puntos rojos del país: riesgo por presencia de Farc y ELN; riesgo alto por densidad de cultivos ilícitos y minería ilegal; riesgo extremo por presencia de Bacrim y de corrupción o constreñimiento al sufragante.

Valdivia queda en el norte, lo atraviesa la Troncal de Occidente y tiene 545 kilómetros cuadrados y 36 veredas. Está cerca del Nudo del Paramillo, cruce de montañas que pasa por cinco departamentos y comunica dos mares, corredor natural disputado por guerrilla y paramilitares. Es vecino de Tarazá, Ituango, Briceño, Yarumal y Anorí, y está cerca de Cáceres y Campamento, municipios sembrados de coca y de minas antipersona. La cabecera urbana, al sur, tiene como centro una iglesia sin plaza en la que convergen calles llenas de comercios, el clima es fresco y la vida tranquila. Pero en sus dos corregimientos —Puerto Valdivia, al noroccidente del casco urbano, y Raudal, al nororiente— el calor es intenso y el sol rechina, y por sus poblados y veredas dispersas rondan guerrilleros de los frentes 18 y 36 de las Farc y bandidos del Clan del Golfo (Autodefensas Gaitanistas de Colombia). En Puerto Valdivia comienza el Bajo Cauca.

Tan dividida como Colombia está Valdivia, y en el preconteo el Sí ganaba por tres votos, pero su abstención fue mayor a la del país: de las 12054 personas habilitadas, solo 2261 votaron. Según una investigación de Colombiacheck y Cdr Lab, la cifra de abstención del país fue la más alta de las elecciones nacionales en los últimos dieciocho años (62,5 %), y Valdivia

hace parte del 4% de municipios donde fue superior al 80%. “La gente que no votó es como ajena —me diría después Benjamín Mesa, Promotor de Desarrollo Comunitario del Municipio y parte de la Asociación Campesina del Bajo Cauca, Asocbac—. Que qué ganaban ellos con ir a votar, le decían a uno”.

Sí

Puerto Valdivia sale tanto en las noticias —enfrentamientos, paros armados, ataques de las Farc contra la fuerza pública— que a veces se cree que es municipio y no corregimiento. Ocupa más de la tercera parte de Valdivia, y a su poblado a orillas de la Troncal le dicen El Puerto. Fue de Puerto Valdivia de donde salieron los 150 paramilitares que perpetraron la masacre de El Aro, en Ituango, cuando Álvaro Uribe era gobernador; fue en la vereda Puquí, la más lejana del corregimiento, donde hicieron la primera estación. Es por los campesinos de Puquí y de las veredas más alejadas que más tarde se le encharcarán los ojos a Benjamín, en una tienda del casco urbano: “Llegar hastada aquí y votar y ver que no se llegó al objetivo... es muy frustrante, de verdad que sí...”. Pero ahora, en la vereda Cachirimé, a pocos minutos de El Puerto, la que se quiebra es Teresa Jaramillo, también de Asocbac, por ese No tan tibio que sin embargo dijo tanto, tantísimo, de Colombia. Porque los habitantes del casco urbano “no han visto la pobreza, no han visto cuando nos riegan con glifosato, no han visto al Ejército coger un campesino con un kilo de coca y llevárselo como narcotraficante, entonces qué les importa. Ellos nunca nos han defendido, y el proceso de paz nos defiende, nos abarca. Esa es toda la razón de ese No para mí”.

La gente del pueblo no entiende la guerra, y menos aún sus matices. Diganos, la relación con “la guerrillera” que a fuerza de años se ha vuelto lo que hay, la autoridad, la única protección contra otros actores armados. Al otro día alguien me diría que su Sí, personal, marginal, se debió justamente a eso: “Cuando estaban en ese tema yo me alejaba porque era un tema caliente. Pero en lo personal, yo miro el trabajo que se hace en las veredas de adentro, y trabajan muy bien. Y como hablan los presidentes... Yo digo: lo que esta persona está diciendo no lo aprendió sola. Lo que está haciendo en su vereda tampoco. Y el Estado no está ahí. Alguien más está enseñando... Esas juntas funcionan a la perfección, entonces yo digo: hay cosas buenas”.

Los que dijeron Sí son los del campo, explica Teresa mientras las tractomulas pasan a toda velocidad por la Troncal, en este punto paralela al río Cauca que tantos cadáveres ha arrastrado. Cuando empezaron los acuerdos los guerrilleros les contaron, insistieron en la organización de las Juntas, agradecieron por todo. Que así como los perdonaban a ellos por las atrocidades, dijeron, también tenían que perdonar al Ejército por sus atropellos: limar asperezas para cuando llegaran a ocupar los territorios que ellos abandonarían. Muchos se fueron, se dice que para las zonas de concentración de Ituango.

Fue en el campo, en veredas lejanas y otras no tan lejanas, donde más se “socializaron” los acuerdos. Lo hizo la Asocbac intensamente, un poco menos la Asocomunal, otro poco Usaid, la Red Nudo de Paramillo y la Asociación de Productores de Valdivia —Asproval—. Veían videos, leían y hablaban y debatían. “Yo digo que en el campo se

hizo una buena pedagogía —me diría luego Benjamín—, aunque es claro que el campesino siente mucho temor. Y el temor no es porque la guerrilla se quede, no; el temor es porque la guerrilla se va”. Las mismas preguntas escucharon Teresa y Hernán Torres, presidente de Asocomunal: qué iba a pasar cuando la guerrilla se fuera, si iban a entrar otros grupos, si llegaría la fuerza pública a acusarlos de narcotraficantes y guerrilleros. Qué va a pasar con la coca, de qué vamos a vivir. Los líderes explicaban lo mejor que podían lo que el Acuerdo contempla: programas para la sustitución de cultivos, titulación de tierras, reformas para que no sean perseguidos penalmente y otras medidas para “cerrar la brecha entre la ciudad y el campo”. A Patricia Palacio, de Asproval, le preguntaban cómo era posible que “ellos” recibieran beneficios mientras los campesinos que abastecen las ciudades eran vulnerados, y ella les respondía que la paz tenía que incluirlos a todos.

Cuenta Teresa que el día del plebiscito “la votación dura fue de once a tres de la tarde. Y a las carreras, porque muchos votaban en Yarumal, otros en Tarazá, otros en Cauca, otros en Valdivia”. El consorcio de Hidroituango —en cuya zona de influencia está el municipio— puso dos carros para transportar votantes, y la Alcaldía otros dos. Ningún político ofreció almuerzos, hojas de zinc, bulticos de cemento ni puestos en la administración, que es lo que se ha hecho siempre en este pueblo tan parecido a todos, y por eso la abstención dobló la de las últimas elecciones locales (46%). En una nota publicada en Teleantioquia un día antes, una representante del Movimiento Ríos Vivos declaró que paramilitares habían amenazado a los habitantes. “Cuidaíto con votar, y cuidaíto con votar

por el Sí”, dijo que dijeron, pero ninguno de los líderes con los que hablé pudo confirmarlo, y Teresa incluso dice que estuvieron muy calmados ese día. Días después circuló por Whatsapp un panfleto firmado por el Estado Mayor de las Autodefensas Gaitanistas de Colombia. “El proceso que condujo a la firma del Acuerdo final [...] es beneficioso para el país, como oportunamente lo hemos hecho saber —rezaba el papel con membrete—. Llamamos entonces a conservar la calma y a buscar de manera incesante y creativa salidas al limbo al que ha conducido el resultado del plebiscito”. Repetía varias veces que para lograr la paz es necesario “incluir todos los actores armados generadores de violencia”, y convocaba a esos “generadores” a cesar “todas las extorsiones y homicidios y otros que generan violencia en contra de la población civil” los días 16, 17 y 18 de octubre.

Después de votar, los campesinos de este lado del municipio hicieron olla comunitaria y se fueron en sus veredas a esperar los resultados. A Teresa, en el pueblo, la entristeció la soledad del coliseo, que en elecciones normales se llena de gente. Después recibió la noticia del pírrico triunfo del Sí, la confirmación de que el Sí lo había puesto el campo y el No la cabecera, el anuncio de la derrota en todo el país. Se sabe ahora que en Valdivia no ganó el Sí sino el No, por 19 votos de diferencia, y que en Puerto Valdivia y Raudal el Sí ganó por 268 votos y en la cabecera perdió por 387. “Uno de los jurados me dijo: ‘los votos del Sí que hubo en el pueblo, y mas sin embargo no ganó ninguna mesa, fue porque los llevaron del Puerto’”, cuenta Teresa.

Como en el país, donde las encuestas y casi todos daban por ganador al Sí por amplio margen, en Valdivia el resultado fue una sorpresa que a la luz de todo lo que ha pasado resulta cándida, por decir lo menos. “No hubo una buena publicidad —explicaría Patricia—. Muchos de los que llegaban a votar no sabían qué estaban votando. Que qué era eso, que para qué. El 70% de Valdivia es rural, y hay gente que no escucha ni radio, no sabe leer, y no todos pertenecen a una Junta, entonces dígame que puede pasar cualquier cosa. Temían por represalias de las Farc, pero los guerrilleros les pidieron paciencia. Temen por sus cultivos, y alguno debió enterarse de la propuesta que días antes del plebiscito hizo Néstor Martínez, fiscal general, de reanudar las aspersiones con glifosato.

institucionalidad que les da lo mismo un candidato que otro. Y a otros simplemente no les interesaba.

Después de despedirme de Teresa, mientras espero taxi en un acopio de El Puerto, doña Fanny, tendera de unos cincuenta años, me dice que votó Sí para reclamar el certificado, y don William, un cliente, que hizo lo propio porque “uno vota por la paz, es mejor la paz”. No muy distinto a lo que me diría al día siguiente don Antonio, propietario de esa tienda de puertas y ventanas rojas a orillas de la Troncal, en la vereda La Habana, no muy lejos de allí: “Yo voté ahí como por votar sería, porque yo de eso no entiendo. Medio entendí después que el No era de Uribe y el Sí de Santos”.

Pero el taxista que me lleva al caso urbano está indignado. Dice que no lo puede creer, que no entiende cómo no se acuerdan de las reses robadas de Ituango que los paracos hicieron desfilan por la Troncal días después de la masacre: “Me tocó ver en carne viva todo eso. Y la gente con pereza de votar por la paz. Yo les digo: ‘cuando les vengán a quitar las vaquitas que les quedan ahí sí lloran’. Entre más poquitos grupos haiga, mejor, pero la gente no piensa en todas las cosas que pasaron. Pero tan lindo Bogotá, como se lanzó de lindo, bregó y luchó, ¿cierto?”, dice el señor de sesenta años, y luego me cuenta que acá, en esta curva, durante el paro armado del 31 de marzo pasado, las Bacrim le quemaron el taxi y este en el que viajamos es prestado.

En el campo tenían esperanza porque están cansados de lo mismo, algunos viven de la coca, no tienen vías y la informalidad de la tierra es un problema serio. Ahora tienen miedo, creen que puede pasar cualquier cosa. Temían por represalias de las Farc, pero los guerrilleros les pidieron paciencia. Temen por sus cultivos, y alguno debió enterarse de la propuesta que días antes del plebiscito hizo Néstor Martínez, fiscal general, de reanudar las aspersiones con glifosato.

No

Todos los municipios que rodean a Valdivia votaron Sí: Tarazá (60,07%), Anorí (64,92%), Briceño (69,35%) e Ituango (69,34%). Todos salvo Yarumal, donde el 67,43% de los votantes dijo No, porque es bastión uribista aun-

que allí hayan surgido Los Doce Apóstoles, grupo paramilitar que asesinó a más de quinientas personas; aunque el hermano de Uribe, Santiago, enfrenta un juicio por conformarlo. “Hay gente de aquí pa abajo uribista que fue víctima de Los Doce Apóstoles”, me diría esa noche un funcionario de la Umata.

En el pueblo la gente repetía los argumentos del No que luego confesaría Juan Carlos Vélez, de los que se enteraban por los noticieros y por cadenas de Whatsapp. País castrochavista, país en manos de ‘laFar’, país homosexual, país de viejos sin pensión, país de pobres sin subsidios. Ninguna valla ni alocución del alcalde desvirtuaron las mentiras. Patricia me diría que vio a la alcaldesa de Tarazá muy comprometida con el Sí, invitando a líderes y organizaciones a votar, “y en Valdivia nada”. El alcalde le iba al Sí, dicen, pero nunca lo promulgó. Como el de Medellín. Y el de Antioquia. Cuando Hernán le preguntó si iba a hacer campaña, respondió: “A mí nadie me lo impide, pero es mejor que las comunidades decidan”.

En la administración, me dijeron, el único que le hizo campaña al No fue el personero, Didier García, moreno petiso que debe rondar los cuarenta años. Le digo, después de presentarme, que en Valdivia los resultados casi dieron empate, pero a él no le parece: “Porque un solo hombre contra toda la clase política, contra las cortes, contra los emporios empresariales, contra toda la publicidad engañosa que hubo... Yo no soy uribista, porque no lo puedo ni ver, pero yo lo admiro porque él solo revirtió todas esas cosas”. Que no es uribista, dice, y me llama doctora, y cuando le menciono a Juan Carlos Vélez dice “no, no, no, yo vi debates entre Paloma Valencia y Roy Barreras, y eran con argumentos”. Después casi jura que a Leo Dan le ofrecieron el Nobel de Literatura pero se negó a recibirlo porque era cantante y no escritor. Que no, le digo, ya desconcertada hasta la risa, y responde “yo la invito a que averigüe, hay que leer cositas, no lo que le dice a uno Caracol”. Que no es uribista, insiste, y dice que Santos “compró un Nobel como comprándose un juguete”, y que él, abogado, leyó los acuerdos y tienen “unos verbos rectores que no los entiende ni Fernando Londoño”. Le digo que eso se parece mucho a la

propaganda engañosa del No, me dice “yo soy izquierdocito, hay izquierda buena”, como la de Salvador Allende, “un tipazo”, y me parece muy curioso que admire a un izquierdista asesinado por una dictadura hace 43 años, pero no se lo digo porque a estas alturas la conversación ya se ha convertido en un diálogo de sordos en el que intervienen también sus subordinados, defensores del No, que me dicen doctora aunque yo les pida que por favor No.

Termino la noche en el negocio de un señor muy respetado en el pueblo, quien no más entrar me cuenta que es amigo personal de Uribe —“¡desde muchachos somos amigos él y yo!”—, y de Santos dice que es “un perro sarnoso, engatusador, embaucador, sinvergüenza que traicionó miserablemente a Uribe”. Por qué, pregunto, haciendo acopio de toda la paciencia en la que me entrene antes del Plebiscito: “Porque le hizo creer al pueblo colombiano que él había firmado la paz de Colombia, y lo que se firmó fue el acuerdo entre él y ‘laFar’”. Habla con mucha vehemencia: “¡Ojalá pudiera haber votado diez veces! No solo voté sino que hice votar a mucha gente”. Sube el tono cuando le pregunto por la reducción de confrontaciones después del cese al fuego, me obliga a apagar la grabadora, me exige que no ponga su nombre. Dice que el cese al fuego “era un engaño bobos”, que al procurador lo destituyeron por “unas cosas que no valen la pena”, que a Piedad Córdoba le restituyeron sus derechos porque “la Corte fue presionada por ‘laFar’”, y que Valdivia es un pueblo de paz porque “la zona caliente es allá abajo”. Al final cometo el error de preguntarle la edad, y él responde que qué me importan a mí sus años, si es casado o tiene hijos, me dice “insidiosa” y me manda a coger a otro de bobo.

Es, más o menos, la misma historia de tantos municipios, y la conclusión es más o menos la misma: el campo votó Sí pese a miedos reales, y la ciudad —el pueblo— votó No por miedos infundados. Tiene razón Patricia cuando dice que antes le fue bien al Sí. Tiene razón el personero cuando dice que a los del Sí “los mató fue el triunfalismo”. Y tiene razón el viejo cascarrabias cuando dice que fue la soberbia lo que más contribuyó a la derrota del país en las urnas el 2 de octubre de 2016. ©



SI TRUMP FUERA PAISA

por CÉSAR AUGUSTO BETANCUR, PUCHEROS

Ilustración: Verónica Velásquez

En Medellín, en el piso cincuenta de la Torre Torres, nuevo centro empresarial de don Aldo Torres, se realiza la convención del Centro Democrático que busca candidato presidencial para 2018. El evento avanza a puerta cerrada pero no hay duda sobre quién será el ungido por el uribismo. Los precandidatos son Pacho Santos y el exprocurador Alejandro Ordóñez.

Así las cosas, la convención pierde interés y los periodistas fijamos la atención en la recién inaugurada Torre Torres, el imponente edificio de setenta pisos construido por don Aldo Torres al sur del Valle del Aburrá, en el mismo terreno donde, hace casi treinta años, otro polémico empresario antioqueño construyera La Catedral, en Envigado.

El propio presidente de *Torres Organization*, dueño de Teleantioquia, el periódico *Q'Hubo* y la Plaza Mayorista, nos invita al *penthouse* de tres plantas y cinco mil metros cuadrados que corona la torre. Por primera vez la prensa tiene acceso a este centro de excentricidad y ostentación donde vive el también

propietario del Pueblito Paisa, el Parque Lleras y la piedra del Peñol.

En el *hall* recibimos la primera cachetada del capitalismo: sobre un cuero de vaca persa y bajo el techo decorado con azulejos españoles del siglo XV, don Aldo exhibe un papamóvil auténtico, autografiado por los últimos cinco papas. Y nos dice que piensa llevarlo al Desfile de Autos Antiguos, evento exclusivo de *Torres Entertainment Resorts*, como el reinado de Señorita Antioquia, el Desfile de Silletteros, el Festival Nacional de la Trova y las promociones del Éxito.

El hombre que logró que el precio de la arepa redonda sea indicador económico y se cotice en la bolsa de Nueva York, nos hace un *tour* por su casa mientras bromea con el divorcio de su segunda esposa, Natalia París, y se deja fotografiar al lado de su tesoro más preciado: la colección de carrieles y peluquines de pelo de nutria, hechos a mano en Jericó.

Llegados al salón comedor el descreste es total. En el espacio donde la tradición antioqueña recomienda un

Corazón de Jesús o una Última Cena, el empresario ha dispuesto la vitrina con los restos del padre Marianito. Logró quitárselos al municipio de Angostura gracias a una tutela que falló en su favor un magistrado al que don Aldo ayudó a salir de Datacrédito, firma que hace parte de *Torres Holding*, junto con la Lotería de Medellín, la Feria del Brasier y Solo Kukus y Fase III.

Alucinante esta piscina en forma de sombrero aguadeño, con cerámicas de Venecia y un dispositivo de sonido que al contacto de las huellas digitales de don Aldo con el agua, reproduce música carrilera. Qué sobrecogedora combinación de mosaicos venecianos y mosaicos de Las hermanitas Calle, cuyos derechos fonográficos son propiedad de *Torres Records*, igual que los de *Nadie es eterno en el mundo* y *La jarretona*.

Aquí conocemos, además, el interruptor desde el que cada noche de diciembre se prende y apaga el alumbrado del río Medellín, adquirido por el potentado junto con la gorda del Parque de Berrío y la franquicia de la morcilla de Envigado. Todo esto les da la

razón a quienes dicen que en Antioquia no se voltea una arepa sin la aprobación de don Aldo, quien nos mostró también su teatro particular, donde se presentan solo para sus ojos El Águila Descalza, El manicomio de Vargasvil, el escorpión de René Higueta, y el famoso número circense del expresidente que toma tinto montado a caballo.

Cuando le pregunto por las dimensiones y las extravagancias de su residencia, el magnate responde con risita burlesca:

—Mijo, lo primero que un político o un empresario colombiano debe tener es una casa amplia y amañadora; uno no sabe cuándo se la van a dar por cárcel.

Luego elude referirse a su fuerte pelea con el actual rey de la trova, a quien llamó hipócrita y le pidió renunciar al título luego de que el repentista le dedicara la siguiente rima:

“Con esa cara, don Aldo, es improbable que tire... pa que una hembra lo mire tiene que mostrar el saldo”.

Lo que sí confirma es que se divorció de su primera mujer, Piedad Córdoba, porque ella no respetaba los espacios y siempre llegaba a poner turbantes sobre sus peluquines.

—Muy socialista, pero si vieran el platal que se gasta en trapos pa enrollarse en la cabeza.

Y nos adelantó que su tercera esposa saldrá elegida en el *reality show* La aprendida.

Tras una hora de recorrido por la casa de este señor sobre el cual y para el cual se tejen por igual mitos y bisoñés, veinte pisos abajo estalla el escándalo: la convención uribista elige como candidato presidencial para 2018 a don Aldo Torres, que derrota contra todo pronóstico a Alejandro Ordóñez, quien, al igual que Pacho Santos hace cuatro años, se siente conejado por el CD. Los periodistas regresamos al piso cincuenta en el momento en que, báculo en ristre, el exprocurador denuncia el engaño:

—Al señor Torres no le dieron ningún aval: ¡él lo compró!

Pero nadie lo escucha. La atención y los aplausos son para don Aldo Torres, que se estrena como candidato presidencial anunciando la demolición de la Torre Torres para levantar ahí mismo la primera urbanización de casas cárcel en el mundo, un proyecto de cien mil viviendas de interés antisocial. Y luego lanza su primera promesa de campaña:

—¡Si soy elegido presidente, levantaré un muro en el meridiano 82! Un muro que nos separe definitivamente de los nicaragüenses y proteja el mar territorial que nos quieren robar esos delincuentes, corruptos y violadores, liderados por Daniel Ortega, un tipo que se viste como un muñeco de añoviejo.

Y de paso lo invita a *Colombiamoda*, otro evento exclusivo de *Torres Entertainment Resorts*, al igual que el Desfile de Mitos y Leyendas, y la convención del Centro Democrático. ©



Muchas personas en la ciudad que quieren **compartir, aprender y cuidar**, ahora cuentan con su **UVA, un espacio para vivir mejor en comunidad**

12 UVA en tanques de agua de EPM

Por ti, estamos ahí 

Luz Amparo Isaza de Quiñonez
Ganadora concurso de fotografía



Llegan los años de la República, la guerra de independencia es algo del pasado. Alimentos de ambos mundos conviven en la despensa. Es tiempo de un nuevo dorado.



TIENDA LA REPÚBLICA

- PANELA
- HUEVOS
- ARROZ
- CERVEZA
- FRIJOLES
- AREPAS
- GALLINA ENTERA
- CACAO

FRUTAS Y VERDURAS y algo más!!!

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD

3 CERVILLERAS

¿BAD PERIODISMO?

por EDWIN RAMIRO GIRALDO RUIZ

Ilustraciones: Juan Fernando Ospina

En la noche del 2 diciembre del 2015, en un granero de Manassas, ciudad de cuarenta mil habitantes en el estado de Virginia, los animales y las cosechas fueron apartados para darle espacio al gran fenómeno político de Estados Unidos: Donald John Trump. Hasta ese lugar, al lado de una carretera entre paisajes abiertos, granjas y suburbios, llegué para conocer por primera vez a los seguidores del polémico empresario de Nueva York. Fue uno de los primeros mítines en los cuales Trump apareció protegido por agentes del Servicio Secreto, privilegio que obtuvo después de consolidar por meses su ventaja en las encuestas. Esto le dio un tinte de credibilidad a sus visitas en la América profunda, tan poco acostumbrada a las caravanas de limusinas, policías, sirenas incandescentes y periodistas.

Al escenario le cabían unas quinientas personas. Era tan grande como una cancha de baloncesto. La mayor parte del recinto estaba destinado para seguidores de Trump. Y para nosotros, la prensa, había un espacio de unos diez metros cuadrados con separadores y una tarima para cámaras de televisión. Éramos un rebaño de reporteros de todo el mundo, ávidos por escuchar un nuevo discurso en el horario estelar de la televisión estadounidense. Esta multitud en Manassas podría ser un pequeño retrato de los grupos electorales que aplauden las diatribas del candidato republicano, según estudios demográficos sobre sus seguidores. La mayoría eran hombres blancos, de clase media, empleados, según contaron. También había algunas mujeres y muy pocos latinos. Ni un solo negro.

Me le acerqué a un hombre de unos cuarenta años, ojos azules, de simpático semblante.

—Hola, ¿me diría usted por qué vino a ver a Donald Trump?

—Porque es un respiro de aire fresco —respondió con energía y convicción—. Trump es lo que necesita Estados Unidos. Estoy cansado de los políticos de siempre, que nunca logran nada y todo lo que hacen es recibir dinero de los lobistas. No hacen ni mierda por los estadounidenses.

—¿Está de acuerdo con la propuesta de cerrar la frontera con México?

—Sí, porque eso es lo que nos hace una nación, un Estado, un condado. Es una frontera y no es tan complejo ¿Qué es lo malo? Los inmigrantes tienen que respetar las reglas. México, incluso, tiene leyes migratorias más rígidas que las nuestras. Entonces, ¿por qué no adoptamos las leyes mexicanas.

Después hablé con una mujer que sumaba un poco más de años.

—Hola señora. Tengo la impresión de que usted apoya a Donald Trump. ¿Me diría por qué?

—Mi esposo se jubiló en las Fuerzas Militares. Lo apoyo por asuntos relacionados con esto, y por propuestas que hace sobre economía.

Hoy, en la víspera de la elección final, recuerdo mucho aquella noche en Manassas, pues en cada rincón del país que visité para seguir este proceso electoral, encontré presente la misma narrativa entre los votantes de Trump.

Durante el lanzamiento de su campaña, en junio del 2015, Trump prometió construir un muro en la frontera con México. Estas palabras fueron solo un párrafo dentro de su extenso discurso, pero en segundos aparecieron en la primera página de los principales medios de comunicación, una tendencia en redes sociales, un lío diplomático con el país vecino, y luego, el tema más llamativo de la campaña.

En una contienda que se pronosticaba aburrida, con dieciséis candidatos republicanos en las elecciones primarias, los comentarios de Trump se mantuvieron en el tope de la opinión pública, mientras sus registros en encuestas permanecían sólidos, intactos. Pidió prohibir la entrada de musulmanes al país, implementar deportaciones masivas, se burló de las discapacidades físicas de un reportero y dijo que Barack Obama y Hillary Clinton eran los fundadores del Estado Islámico. Todas y cada de estas afirmaciones fueron reportadas con un despliegue tal, que no solo Estados Unidos, sino el mundo, terminó hablando en una especie de *reality show* al rededor empresario de televisión y bienes raíces.

Al mismo tiempo comenzó entre algunos sectores de la opinión pública un debate sobre el papel del periodismo en esta campaña. Y creo que, independiente del resultado del 8 de noviembre, esta será una larga y necesaria tarea para esta industria tan renuente a la autocritica.

Thomas E. Patterson, de la Escuela de Gobierno de Harvard, publicó en junio un crítico estudio sobre el cubrimiento de esta campaña presidencial, y trae a colación el concepto de “elecciones primarias invisibles”. Se trata del inicio de la contienda, en el cual se enfrentan muchos candidatos para obtener la nominación del partido que les permite participar en los comicios generales. Debido a la abundancia de nombres y propuestas, todos quieren dominar el debate público y por ello lanzan ambiciosas estrategias mediáticas. También gastan millones de dólares en propaganda política, especialmente en televisión. Sin embargo, son los periodistas quienes eligen qué,

cómo y a quién se debe cubrir. En este momento es cuando se compite en las primarias invisibles. Los candidatos se disputan, más que el favor de los ciudadanos, la atención de la prensa.

Patterson utiliza el concepto del filósofo francés Jean-François Lyotard sobre las “metanarrativas”. Se trata de discursos asumidos como totalidad, en los que se asume una comprensión absoluta de los hechos. Es como la creación de un estado de opinión pública colectiva que una vez instaurada es muy difícil de cambiar.

El término fue traído al periodismo político por los reporteros estadounidenses Bill Kovach y Tom Rosenstiel durante la campaña presidencial del 2000 para criticar el relato creado alrededor de George W. Bush y Al Gore, cuando los titulares ofrecían frases como “Bush el imbécil” y “Gore el mentiroso”. En un proceso tan controversial, fue muy difícil liberar a la prensa de estas disputas para concentrarse en los temas importantes.

Según este argumento, “una vez se instala una metanarrativa, para los periodistas es difícil argumentar lo contrario; e incluso, caer en el desarrollo trivial de historias que se alinean con el estereotipo”.

En el 2008, por ejemplo, muchos periodistas asumieron de forma temprana la idea de que Barack Obama representaba la esperanza y el cambio, y que podría defender esa idea gracias a su carisma y habilidad para comunicarse. Esta idea, según Patterson, se sostuvo hasta la victoria aquella noche del 4 de noviembre, cuando derrotó al héroe de guerra republicano John McCain.

En el 2016, la prensa entró en una compleja metanarrativa. En las elecciones primarias, se adoptó la idea de que un *outsider* de Washington, más cercano a la farándula que a la política, ponía a temblar al establecimiento republicano. Y así fue hasta su victoria en las elecciones primarias. Aunque son muchos los factores que hicieron posible el fenómeno Trump, sin duda su protagonismo mediático lo ayudó a catapultarse. Según un estudio en *The New York Times* publicado en mayo, el valor económico de su tiempo de exposición en medios superaba los dos mil millones de dólares. Esto convierte su campaña en una de las más rentables de la historia reciente, pues solo había gastado diez millones de dólares en propaganda, sin ni siquiera contratar personal para trabajo sobre el terreno en los cincuenta Estados. De hecho, casi todo el tiempo su equipo de trabajo se ha reducido a menos de cien personas.

También pienso mucho en el planteamiento de Marc Bassets, de *El País* de España, quien ha viajado todo el año contando las campañas de Trump y Clinton. Bassets trae a colación la denominada “falsa equivalencia”, que consiste en la degeneración del sano principio periodístico de balancear una historia con la voz de todos los personajes implicados. “El problema llega cuando la voluntad de reflejar la pluralidad no acerca al lector a la verdad sino que lo aleja”.

Cuando Trump, por ejemplo, dijo que el presidente Barack Obama no había nacido en Estados Unidos, se planteó un debate con defensores y detractores

de esta idea. Esto puso en un mismo plano una verdad y una mentira, siendo tan obvio cuál era el sitio de nacimiento del mandatario estadounidense. “Los hechos se ocultan tras una nebulosa de puntos de vista. La verdad y la mentira valen lo mismo”.

Por ejemplo, la cadena CNN, le paga a Cory Lewandosky, antiguo jefe de campaña de Trump, para que participe como analista. Lewandosky, fiel a su antiguo jefe, y respetuoso de una cláusula que le impide hablar sobre la intimidad de la estrategia republicana, ha defendido la idea de que Obama no nació en Estados Unidos. ¿Vale la pena balancear el debate con este tipo de opiniones? ¿Deben los medios adoptar una postura crítica siempre? Aunque la respuesta suena fácil si uno se ciñe a los libros y las conferencias universitarias, la verdad es que esto es un tema de rating.

El show de Trump ha producido un enorme bálsamo de audiencia para los medios en plena crisis económica y de influencia, donde las portadas y los editoriales de los medios tradicionales ya no dirigen la opinión pública, y les toca viajar hasta las redes sociales para cortejar audiencias cada vez más tendientes a encerrarse en las burbujas ideológicas que se forman en la web.

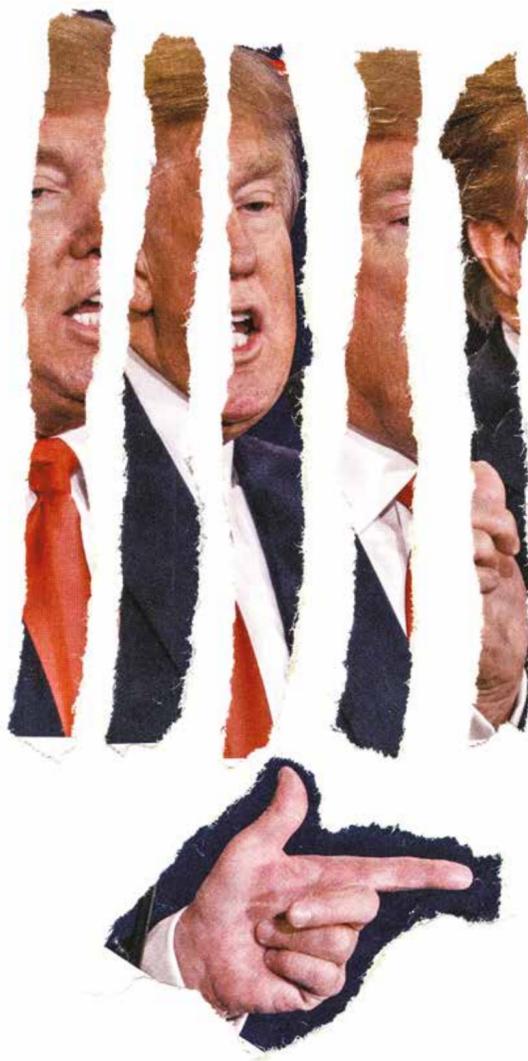
Una de las frases más interesantes sobre este tema la entregó en febrero el presidente de la cadena CBS, Les Moonves, durante una conferencia en San Francisco. El fenómeno Trump “quizá no es bueno para América, pero es endemiamente bueno para la CBS”, destacando las positivas ganancias económicas por los anunciantes que, según él mismo, se enfocan más en los debates y las polémicas que en los asuntos políticos.

Por supuesto hay que tener en cuenta cómo los dos grandes diarios del país, *The Washington Post* y *The New York Times*, han liderado una serie de investigaciones sobre el pasado oscuro de Trump, lo cual ha permeado la parte final de la campaña, produciendo

una diferencia cada vez más grande a favor de Hillary Clinton. Evasión fiscal, maltrato a mujeres, relaciones del círculo cercano de Trump con el gobierno de Rusia, son algunos de los contenidos más relevantes. Sin embargo, todos estos hechos sucedieron hace décadas, y por eso no tengo respuesta para una pregunta que me hacen con frecuencia: ¿Por qué todas estas investigaciones apenas aparecen hoy, cuando falta tan poco para las elecciones generales?

Mientras pasan los años, y a lo mejor se aclaran estas dudas, pienso que es urgente un acto de contrición en el periodismo, cada vez más esclavo del rating por cuestiones de ego o espíritu de supervivencia. No solo pudimos haber contribuido a crear un personaje grotesco con posibilidades de liderar el hemisferio occidental, sino que diariamente alimentamos ideales colectivos contradictorios. Mientras los medios se concentran en las masacres del Estado Islámico, que ha matado a menos de cincuenta estadounidenses, ignoran que la violencia dentro del país dejó 15696 personas asesinadas en el 2015, según el FBI. Mientras el tema de campaña en el 2016 ha sido la credibilidad de Trump y Clinton, jóvenes estudiantes hipotecan sus vidas para estudiar una maestría, la salud sigue siendo un privilegio a pesar de la Reforma Sanitaria, millones de trabajadores necesitan adaptarse a los cambios del mercado laboral, las tasas de impuestos son criticadas con la clase media, quince millones de inmigrantes viven de forma ilegal...

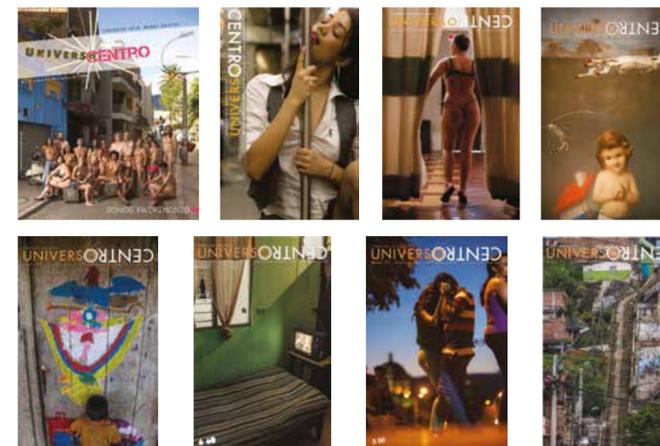
Gallup, en una encuesta difundida el pasado verano, ubica a los medios de comunicación estadounidenses dentro de las tres instituciones que menos confianza generan, al lado del Congreso y las grandes corporaciones. La probable derrota de Trump el próximo 8 de noviembre, no debe distraer a la prensa de este necesario acto de autocritica. El singular empresario no es el único payaso. ©



IMPRESOS COMERCIALES LA PATRIA

Celebra con Universo Centro

8 años
80 periódicos



Desde nuestro primer número, publicado en noviembre de 2008, hemos trabajado al lado de los amigos y aliados de la división de Impresos Comerciales de La Patria. Es allí, en las rotativas de Manizales, donde nuestro periódico empieza a dejar la mejor impresión.

La Patria y Universo Centro, ocho años juntos.

CONTACTOS MANIZALES

Carrera 20 # 46- 35 • Teléfono: (6) 878 17 16 • Celular 320 727 3632
E-mail: impresoscomerciales@lapatria.com

IMPRESOS COMERCIALES LA PATRIA

Impresión de periódicos, libros, revistas, publicomerciales • Producción de cajas plegadizas

Jurado de mesa

por SEBASTIÁN SÁNCHEZ MARTÍNEZ

Ilustración: Alejandra Congote

Hace exactamente dos meses que llegué a Ciudad de México. Vine a terminar una tesis, a dejar de comer frijoles y a andar la calle. No pensé que me fuera a agarrar acá una coyuntura electoral. La Registraduría no abrió inscripción de cédulas y ser jurado era la única forma de votar. No sé de dónde me salieron esas ganas de votar pero por más que me las aguanté sentí que, en este caso, la abstención no sería un gesto contestatario contra el sistema corrupto sino una traición a mí mismo. Hice campaña: en una especie de diálogo interno, me convencí primero de votar y luego de votar Sí. Y me ofrecí de voluntario como jurado en el consulado colombiano en México. Esa mañana había esperanza. Una esperanza que me hacía sentir como un pobre güevón, pero esperanza al fin y al cabo.

En medio de un ambiente esperanzador, ser jurado es hasta bacano si las compañeras de mesa comparten tu intención de voto. En cada una de las diez mesas instaladas en el consulado en Ciudad de México (el único sitio habilitado para votar en todo el país, además de una única mesa en el consulado en Monterrey) debía haber cuatro jurados: un presidente principal y uno suplente y un par de vicepresidentes. En mi mesa faltó el presidente principal, así que solo éramos tres, todos voluntarios: Fernanda, Ángela Camila y yo.

Fernanda estudia un doctorado en Historia. Vive en el sur de la ciudad y decidió dormir en la casa de su novio, que vive en el centro, para no tener que madrugar tanto. En Ciudad de México, en esta época del año la luz sale como a las 7:15 y la hora de llegada al consulado era las 7:30. El consulado queda en Reforma 379, a unos metros de El Ángel de la Independencia. Fernanda es de Bogotá, tiene 28 años y reportaba un fuerte optimismo, compartido por sus padres, frente a la victoria del Sí.

Ángela Camila estudia Relaciones Internacionales. Tiene 19 años y está en un intercambio en una universidad en Puebla. Desde el viernes, el día de la capacitación de los jurados, vino a quedarse en un hotel para poder votar, y aprovechó para ir a un concierto de Roger Waters que hubo la noche anterior: reportó que cayó un aguacero y que había mucha gente, pero que valió la pena. Puebla queda como a dos horas y media, y apenas se acabó el escrutinio Ángela Camila tuvo que salir volada para el terminal para no llegar muy tarde a retomar sus obligaciones. Eso es tener muchas ganas de votar.

El cónsul general es un señor charrrito y barrigón. El viernes, en la capacitación, nos dijo que iba a tratar de que fuera muy práctica y didáctica, así que recurrió a Power Point. El día del plebiscito, por la mañana, dijo que iba a tratar de que la jornada electoral fuera divertida sin dejar de garantizar las condiciones para la transparencia. Había una gente de la Misión de Observación Electoral, así que supongo que esas palabras tenían algo de sentido. El cónsul es un tipo amable pero inflexible. Su norma número uno era que no se podían tomar fotos en el recinto electoral,

y cada vez que pudo reprendió la selfi poselectoral (un nuevo género artístico al que también pertenece, según me enteré recientemente, la selfi poscoital), en la que el sujeto dirige la cámara hacia sí mismo mientras, sonriente y de forma un tanto ingenua, un tanto delirante, un tanto paranoica, tapa con un dedo el número de cédula en el certificado electoral para que las gentes que verán la foto no lo suplanten en algún trámite. Amable pero inflexible, o inflexible pero amable, decía el cónsul: "No, hazme el favor y esto acá es un recinto electoral, no están permitidas las fotos, no, no, no".

El cónsul nos garantizó una pizza con gaseosa para aguantar la jornada, y cada vez que podía se dirigía a las muchachas como "bizcocho" o "mi vida". Muchachas que trabajaban con él, por supuesto, no las muchachas jurado, a las que siempre trató con la mayor circunspección. Hubo desmanes en el recinto que el cónsul no pudo evitar, y que paso a reportar.

La primera es la del corredor. En Reforma se hace una ciclovia los domingos. La gente camina, trota, patina,

monta en bicicleta. Supongo que muchos colombianos que querían votar aprovecharon para llegar por la ciclovia. Uno de ellos, deportista, corredor, subió rapidito a votar en una mesa cercana a la nuestra. La democracia no le iba a entorpecer el trote, así que hizo todo sin enfriarse. Con el distintivo atenuado fosforescente del deportista de hoy, el hijo de vecino entró al consulado, presentó su cédula, marcó el voto, lo depositó en la urna, recibió el certificado y, sin dejar de trotar, sacó, contestatario, el celular, y se fue tomando la selfi poselectoral en la mitad del recinto. No hubo tiempo para la represión.

La segunda es la de la señora conmovida. Aparte de una morenaza que llegó con atuendo jipi y baile de Moisés Angulo a "votaaar", hubo muchas señoras peculiares que tuvimos que atender con Fernanda y Ángela Camila. En nuestra mesa solo votaban mujeres. Advertidos de lo irregular de la selfi poselectoral, cada vez que podíamos les informábamos a las votantes que no podían tomar fotos. Con una de ellas fuimos incapaces. La señora hizo todo el ejercicio electoral, y al momento de

recibir su certificado, toda temblorosa, con la voz quebrada, ya con el celular en modo cámara, nos dijo que había que registrar ese momento tan importante de su vida y le tomó foto al certificado ahí frente a nosotros, la autoridad, que en este caso prefirió el respeto al sentimiento que la represión.

Al final de la jornada, de las 450 mujeres habilitadas para votar en mi mesa votaron 144: 90 de ellas (62,5%) por el Sí y 54 (38,5%) por el No. No hubo votos nulos ni tarjetones no marcados. Tampoco en todo México, según informó la Registraduría. Ya sabemos que otra cosa pasó en Colombia: si uno cogiera la cantidad de votos nulos o de tarjetones en blanco, podría superar el estrechísimo margen de victoria del No.

En el consulado decidieron que la noticia nos la iba a dar Yamid Amat: "Cuando son las 4 y 53 de la tarde CM&les anuncia: ganó el No hoy en Colombia. Esto es irreversible". Esa fue su lectura, correcta, del boletín nueve de la Registraduría. La noticia de la victoria del No nos hizo sentir lo que siente uno cuando se manda la mano al bolsillo y no encuentra el celular o las llaves de

la casa. Se nos dañó la borrachera de por la noche, que teníamos acordada aunque nada más estuviera acordado. Me terminé uniendo a un grupo de colombianos en El Ángel de la Independencia. Como estaba haciendo mucho sol cuando salí de cumplir mis deberes, ellos estaban en la sombra, por el lado de los pedestales de La Justicia y La Ley. Al principio no los logré ver, porque al salir del consulado y tomar hacia El Ángel lo primero que uno ve, y lo que a esa hora recibe todo el sol, son los pedestales de La Guerra, apuntando al surponiente, y La Paz, apuntando al suroeste.

No hubo fiesta. Terminamos con el desconcierto viviendo en el lamentable país de la media caña, mientras el ruido de fondo era cualquier palazo de ciego que estuviera mandando Andrés Pastrana por CNN, recordándonos de súbito que estábamos más sobrios que un putas. Que había que aterrizar y volver a la oficina a hacer papeleos, al escritorio a terminar la tesis, a la casa a lavar la ropa, a leer el primer canto del Purgatorio de Dante para la tarea y a la sensatez anarquista desesperanzada de que la acción individual es la única realmente transformadora en el reino del tedio cotidiano.

En la mañana de la elección, marchas. Se cumplían 48 años de Tlatelolco, cuando la Changa Díaz Ordaz y sus milicos emboscaron, torturaron, rafaguieron y destazaron a cientos de estudiantes, no se sabe cuántos. El conductor del carro que me llevó al consulado en la mañana me dijo que cuidado, que había mucho vandalismo por las protestas de Tlatelolco, que en verdad él no entendía por qué salían a robar *SevenElevens* por algo que pasó hace tanto. Un profesor de Fernanda, historiador ya entrado en años, pasó a saludarla y a concertar un encuentro para trabajar en algo de la tesis de ella. Al despedirse, el señor empuñó una mano a la altura del pecho, discreto, y dijo: "Verdad que hoy es Tlatelolco. Algo de la marcha se formará camino al Zócalo. Ojalá no haya mucho trancón. Pero bueno, sin olvido. El 2 de octubre no se olvida". ©



lenteja express
Hamburguesería vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

Domicilios Envigado 596-8890

10% OFF

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

síguenos

Desarrollamos estrategias enfocadas y coherentes para encontrar clientes potenciales, medir resultados y tomar acciones necesarias para lograr el éxito.

Cebete.net

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros

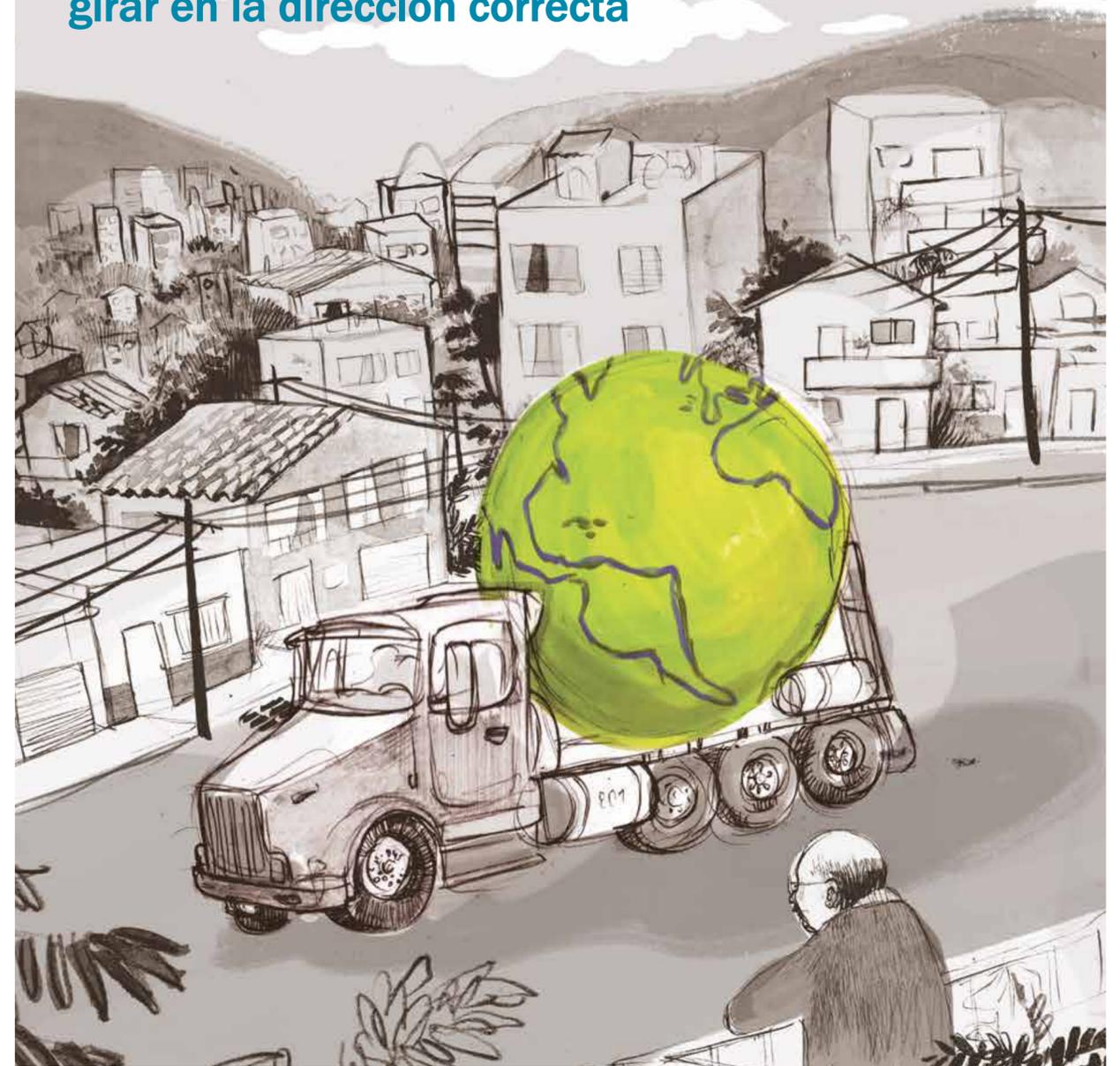
Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com

El periódico **Universo Centro** y sus integrantes le agradecen al **Bar El Guanábano** y especialmente a su propietaria ocho años de tolerancia.

Que gracias



Sostener el primer impulso y girar en la dirección correcta



En el último reporte del Índice de Sostenibilidad Dow Jones Cementos Argos obtuvo las mejores calificaciones de la industria en Biodiversidad, Ecoeficiencia, Agua, Ciudadanía Corporativa, Desarrollo de Capital Humano y Derechos Humanos; lo que la consolida como la cementera más sostenible del mundo.

cinéfagos.net 10 años

cine colombiano, crítica de cine, cómics, artes electrónicas, artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

MEMBER OF
**Dow Jones
Sustainability Indices**
In Collaboration with RobecoSAM



parque
explora

Filarmed
Orquesta
Filarmónica
de Medellín

PLANETARIO
DE MEDELLÍN

SURA

AGUA CÓSMICA

CONCIERTO AL PARQUE
NAVEGACIÓN POR EL UNIVERSO
Planetario - Orquesta Filarmónica



Viernes
4
noviembre

7:00 p.m.
Parque de
los Deseos



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos